

La Ilustración Artística

AÑO XXVII

BARCELONA 18 DE MAYO DE 1908

NÚM. 1.377

MADRID.—EXPOSICIÓN NACIONAL DE BELLAS ARTES. 1908



PATRIA, grupo escultórico de Julio González Pola,
premiado con primera medalla

SUMARIO

Texto.—*Revista Hispano-americana*, por R. Beltrán Rózpide. — *Exposición Nacional de Bellas Artes. Madrid. (Conclusión)*. — *La Exposición*, por Manuel Carretero. — *Actualidades extranjeras*. — *En Portugal*. — *En Marruecos*. — *Marruecos. Recuperación de Saffi por las tropas de Abd-el-Aziz*. — *Barcelona*. — *Monumento á Emilio Vilanova*. — *Monumento á D. Manuel Milá y Fontanals*. — *El heredero*, novela ilustrada (continuación). — *Folgarolas. Homenaje al poeta Jacinto Verdaguer*.

Grabados.— *Patria*, grupo escultórico de Julio González Pola, premiado con primera medalla. — *Fragmento del manuscrito de los marqueses de Linares*, escultura de Lorenzo Coullaut Valera, premiada con segunda medalla. — *La paz de la aldea*, cuadro de Inocencio Medina Vera. — *Costumbres segovianas. La fiesta de Santa Agueda*, cuadro de Samuel Mañá. — *Desesperanza*, grupo escultórico de M. García, premiado con segunda medalla. — *Autorretrato*, obra de Francisco Palma. — *Gitanos del Sacro Monte*, cuadro de José M.^a Rodríguez Acosta, premiado con primera medalla. — *Vendedoras de flores en Roma*, cuadro de José Bermejo, premiado con segunda medalla. — *El rey D. Manuel II de Portugal dirigiéndose al palacio de las Cortes para inaugurar las sesiones del Parlamento*. — *El rey D. Manuel II de Portugal leyendo el discurso del trono en la sesión inaugural del Parlamento*. — *Marruecos. Calle de la Aduana, después de la ocupación de Saffi por las tropas de Abd-el-Aziz*. — *Panorama de Saffi. Vista tomada desde la kasba*. — *Calle Mayor de la ciudad de Saffi*. — *Una puerta de la ciudad de Saffi*. — *La Resurrección de Lázaro*, copia del cuadro de W. Immenkamp, grabado por J. J. Weber. — *Barcelona. Inauguración del monumento dedicado á la memoria del popular escritor Emilio Vilanova*. — *Boceto modelado por Smith del monumento que ha de erigirse en Villafranca del Panadés á la memoria del eximio literato D. Manuel Milá y Fontanals*. — *Folgarolas*. — *Homenaje al poeta Jacinto Verdaguer. La comitiva á la entrada del pueblo de Folgarolas*. — *La señorita D.^a María Ricart, reina de los Juegos Florales de Barcelona del presente año, en el pueblo de Folgarolas*. — *Acto de la inauguración del monumento erigido á la memoria de Jacinto Verdaguer en su pueblo natal*. — *El jubileo del emperador Francisco José*.

REVISTA HISPANO-AMERICANA

Los grandes Estados en la América del Sur. — La situación actual y el porvenir de esta parte del Nuevo Mundo. — Los Congresos científicos latino-americanos y el primer Congreso científico panamericano. — La expansión japonesa en Sudamérica: la acción comercial y la inmigración asiáticas. — *Bolivia*: nuevo presidente electo: su programa de gobierno: la unidad nacional y la Patria.

Es indudable que hay en la América del Sur un movimiento de opinión resueltamente favorable á la alianza de sus grandes potencias como medio de crear una entidad política capaz de influir con eficacia en la vida internacional y poder contrarrestar la acción ó las pretensiones de europeos y norteamericanos, principalmente en cuanto se refiere á colonización y tarifas arancelarias.

Unión, confederación, alianza, ligas políticas ó económicas, etc., es decir, aproximación de esos pueblos con mayor ó menor intensidad ó alcance, es allí punto de mira que no se pierde de vista. Ya á fin de 1907 se daba como seguro un acuerdo ó convenio entre tres grandes Repúblicas del Sur, Chile, la Argentina y Brasil, para formar la Confederación Sudamericana. Ahora parece que contraría á esos propósitos la tendencia á reforzar armamentos de mar y tierra en las tres citadas Repúblicas.

Conviene, sin embargo, no olvidar que á la constitución de grandes Estados se llega por caminos ó procedimientos distintos, y que uno de ellos es la guerra, y mejor aún, el temor á ella. Esas tres Repúblicas, fuertes y poderosas cada una por sí, en condiciones tales que sea muy difícil predecir á cuál habría de corresponder la victoria, aun en el caso de que dos de ellas se aliaran contra la otra, han de sentir con mayor viveza la necesidad de unirse. Por otra parte, cuanto mayor sea la fuerza de cada cual, mayor será también el poder de la Confederación que formen; cuanto más se equilibren las fuerzas, más firme ha de ser la garantía de estabilidad del nuevo Estado confederado.

La emulación que se advierte en las Repúblicas del Sur de América, el ansia de ser y valer más de día en día y de superar á sus vecinas, dan la razón del ambiente belicoso en que hoy viven. Arbitra recursos el Uruguay para aumentar su ejército y fortificar sus costas en previsión de conflictos entre el Brasil y la Argentina; la eterna cuestión de fronteras mantiene en actitud recelosa á todos los Estados americanos que tienen dominio en la gran cuenca del Amazonas; se desavienen el Uruguay y la Argentina con motivo de los derechos jurisdiccionales que una y otra pretenden ejercer en aguas del Río de la Plata; Colombia no se conforma con su actual demarcación en el istmo, é invade ó amenaza invadir á Panamá, y el gobierno de esta República declara que habrá de considerar esa invasión como *casus belli*.

La confederación ó confederaciones de esos Estados habría de facilitar sobre manera el arreglo de los conflictos pendientes y desvanecer rivalidades que

ya no tendrían razón de ser con la comunidad de intereses. Influiría también favorablemente en la vida política interior: los grandes Estados se hallan menos expuestos á motines y revoluciones.

En suma, constituyéndose esas grandes entidades por unión ó confederación de las que hoy existen, con todos los elementos necesarios para imponerse á los extraños y para normalizar y garantizar el funcionamiento del régimen político establecido y el desarrollo de las fuerzas económicas, la América del Sur llegará á ser, en el transcurso de pocos años, tal como aparece en el cuadro que de ella ha trazado recientemente el profesor yanqui Mr. Barrett, de la Universidad de Cornell, en Ithaca. «Es—dice—la maravillosa tierra del progreso, del desarrollo intelectual, industrial y mercantil, fascinador é inapreciable campo de estudio y de trabajo para el mundo civilizado... Los que hemos viajado desde Panamá hasta Patagonia, y desde el Brasil hasta Bolivia, sabemos perfectamente que existe un gran movimiento de avance, y que esos países han entrado en era de espléndida actividad; sabemos la influencia que pueden ejercer en el mundo las Repúblicas del Sudamérica, cuya población llega á un total de más de 40 millones de habitantes, cuyo comercio está evaluado en 1.500 millones de dólares al año, y que van hacia el progreso tan rápidamente, que hombre alguno puede ser capaz de profetizar á qué límites podrán haber llegado dentro de diez años, dotados como han sido esos países de variedad de climas y recursos, con inmensas llanuras provistas de vastos sistemas interiores de ríos navegables, y largas y accesibles costas que dan salida fácil á importantes producciones que el resto del mundo allí compra; países que poseen pueblos profundamente simpáticos y de alta intelectualidad, basada sobre una antigua civilización... Nadie puede permanecer largo tiempo en relaciones con los hombres ó mujeres de Sudamérica sin tener que aprender útiles cosas de ellos, sin admirarlos y amarlos.»

* *

Como ya en otras *Revistas* hemos tenido ocasión de observar, á la obra de aproximación hispano-americana contribuyen de modo muy eficaz los Congresos internacionales americanos reunidos con un fin especial. En este año de 1908 va á celebrarse, en Santiago de Chile, del 1.º al 10 de diciembre, el 4.º Congreso Científico.

La iniciativa de los Congresos científicos latino-americanos débese á la Sociedad científica argentina. En 1898 se congregaron en Buenos Aires las intelectualidades de la América latina que dieron la norma, tan brillantemente seguida en los Congresos posteriores, reunidos en Montevideo, en 1901, y en Río de Janeiro, en 1905. Esos Congresos, á los que se aportan las investigaciones hechas en todos los ramos de la ciencia, y en los que se cambian los nobles productos del espíritu, han producido, entre otros muy apreciables frutos, un elevado sentimiento de solidaridad latino-americana.

El 4.º Congreso ofrecerá, por acuerdo de su Comisión organizadora, una novedad que lo priva de su peculiar carácter; no será Congreso latino-americano, sino panamericano. Para ello tuvo aquélla en cuenta, según dice, la circunstancia de que en el Congreso anterior habíase resuelto que el próximo torneo científico de este carácter se ocupase preferentemente en asuntos que interesaran de un modo especial á los Estados del continente americano. En realidad, la causa de la innovación no es otra que el empeño de los yanquis de meter baza en todo cuanto se relaciona con América; la Comisión chilena los ha complacido, y han terminado, pues, por ahora, los Congresos científicos latino-americanos.

El programa del primer Congreso científico panamericano es vastísimo. Abarca todas las ciencias y en el cuestionario figuran nada menos que 515 temas.

* *

Uno de los temas del citado Congreso es «La inmigración asiática en América.» Nos fijamos especialmente en él por el interés que ofrece en los presentes días el estudio de los hechos referentes á la expansión japonesa, que tiende á tomar como campo de actividad la América del Sur. La prensa americana presta á este asunto toda la atención que merece.

Un año hace que el publicista peruano Sr. Garland expresaba el temor de que la empresa del ferrocarril del Norte del Perú pudiera caer en manos de un Sindicato de capitalistas japoneses que introdujesen en el país algunos miles de braceros al año para la construcción de la vía férrea y para explotar las selvas vírgenes del Amazonas. Consideraba como sinto-

ma precursor de esa invasión el establecimiento de dos líneas de vapores dedicadas á fomentar el tráfico directo de la costa occidental del Sur del Pacífico con los puertos del Japón y de la China.

Ahora viene en cierto modo á confirmar los temores de Garland la Memoria publicada por el economista japonés Ito Koyiro. Presenta á la América del Sur como país de escasa densidad de población y casi inexplorado. Con capitales hay campo para fructuosas empresas industriales y agrícolas, y sin capitales hay posibilidad de adquirirlos. Gracias á las líneas japonesas de navegación, en 37 días se hace el viaje de Yokohama al Callao, en el que antes se invertían diez días más. Existen ya en el Perú millares de emigrados japoneses que trabajan en las plantaciones de caña de azúcar, arroz y café, en las explotaciones de caucho y en algunas minas. En Chile y en la Argentina son bien acogidos los trabajadores del Japón, á quienes facilitan recursos para trasladarse á esos países las Compañías de emigración. Es también la América del Sur un buen mercado para la industria japonesa, que sin gran esfuerzo puede competir con los objetos de uso corriente, productos alimenticios y artículos de lujo que hoy se envían desde Europa ó Estados Unidos. En el día no hay más que dos almacenes nipones en el Perú y dos ó tres en Buenos Aires. Ito Koyiro aconseja á sus compatriotas que establezcan más almacenes y bazares ó que se dediquen al comercio ambulante; les asegura que podrán realizar buenas fortunas.

La acción comercial y la pacífica invasión de emigrantes japoneses que acrezcan el elemento obrero y productor en América, no son hechos, á nuestro juicio, que deban dar motivo á esos temores que sentía el Sr. Garland y que le llevaban á declarar que los sudamericanos aún necesitan de los yanquis para resguardarse contra las probables consecuencias de las numerosas invasiones pacíficas de inmigrantes asiáticos. Lo que necesita la América del Sur son hombres y brazos para poner en actividad todas las fuentes de producción que atesora, y vayan de donde fueren, si van á trabajar, los emigrantes deben ser acogidos como un gran beneficio que se recibe. Los cuarenta millones de individuos que pueblan esos territorios sudamericanos tienen sobradas energías étnicas y suficiente fuerza social para conservar la hegemonía de raza y el predominio político. Por otra parte, esos braceros asiáticos aún no han sufrido la influencia de ciertas doctrinas que tantas dificultades suelen crear en su aplicación á las relaciones entre el capital y el trabajo.

* *

En Bolivia ha sido elegido presidente de la República para el período 1908-1912 el jefe del partido liberal Sr. D. Fernando E. Guachalla. Ha declarado en su programa de gobierno que va al poder sin ilusiones seductoras ni desfallecimientos pesimistas; pero sí con patrióticas esperanzas para llenar el mandato popular de una manera práctica, sujetando estrictamente su acción política y administrativa á esta regla: «probidad en todo y justicia para todos.»

Los tres puntos capitales á que ha de atender son: vías de comunicación; instrucción popular; unidad nacional. Insiste especialmente en este último.

Como el todo no excluye á la parte, así el amor á la Patria no excluye el amor al campanario: este cariño filial se confunde en aquél; uno y otro se complementan para formar el conjunto de deberes cívicos, que se llama patriotismo.

En tal concepto, ese amor *regional* merece que se le fomente y aplauda, porque no puede ser buen ciudadano de la Nación, quien no es buen vecino de su localidad.

Lo que está fuera de la lógica y de la moral es el egoísmo, que sobrepone lo menos á lo más, el interés de pocos al del mayor número, la parte al todo.

Tal perversión de sentimientos debe ser condenada y extinguida; y esto es, justamente, lo que se propone hacer Guachalla para consolidar la unidad y confraternidad nacional.

Abrega también el convencimiento de que, para administrar honradamente los intereses de un pueblo libre y consagrado al trabajo, no se requiere ser ni héroe ni sabio. Bastan las inspiraciones de la buena fe y la fuerza del patriotismo.

Y como la Patria es de todos, y todos tienen el deber y el derecho de tomar parte en los negocios públicos, ninguno de sus hijos puede negarle sus servicios en el gobierno ó en la oposición, porque la Patria es como Dios: todo lo debemos á ella y ella nada nos debe á nosotros. Por esto pide Guachalla el concurso de todos los ciudadanos, cualquiera que sea su afiliación política.

R. BELTRÁN RÓZPIDE.

MADRID.—EXPOSICIÓN NACIONAL DE BELLAS ARTES. 1908. (CONCLUSIÓN.)

Ya hemos hablado, al correr de la pluma, de los lienzos más salientes de esta Exposición. Réstanos recorrer ahora las seis salas del Palacio del Arte y

dores. Aquí firma un retrato de niña que no tiene pero. El color es elegante y delicado, y el alma de la retratada flota en esta buena pintura.

quedaréis un poco desorientados; pero al fin formaréis una opinión favorable al artista que los expone. Eugenio S. Oliveira presenta un retrato de su pai-



Fragmento del mausoleo de los marqueses de Linares, escultura de Lorenzo Coullaut Valera, premiada con segunda medalla

dejar anotadas cuáles son otras obras también muy dignas de alabanza. Iremos por orden del catálogo, traduciendo y ampliando nuestros apuntes.

Alvarez Sala es un pintor naturalista de los que en estos años no están en boga. Presenta un cuadro enorme, *Emigrantes*. Es una escena triste que el pintor vió en su tierra, á bordo de cualquier transatlántico que para América iba á levantar anclas. Hay en este cuadro pormenores mil que caracterizan á un buen observador. Lástima que el artista haya detallado tanto su obra.

Ricardo Baroja, que es un gran aguafuertista que adora á Goya, continúa en esta Exposición su intensa labor. Presenta veinte trabajos de su firma que nos parecen admirables, y son los mejores los que llevan los números 66 y 68, donde se observan escenas picarescas de Madrid y sentidísimos paisajes de Castilla.

De Benlliure Ortiz es un lienzo interesante que delata en quien lo pintó grandes condiciones de artista. Dícenme que es su autor un hijo del Sr. Benlliure, director de la Academia de Roma. Felicito al joven artista por la fuerte pintura de algunas figuras de su primer cuadro *Los viejos*.

Bermejo trae á esta Exposición dos obras, *Vendedoras de flores en Roma* y un desnudo, que nos parece afectado y que recuerda una de las mujeres del tríptico que pintó hace años Chicharro. *Vendedoras de flores* es una pintura agradable, alegre, justa en color y sencilla.

De las seis ú ocho obras que presenta el andaluz Bertodano, ninguna tan bella como un estudio de la Sierra de Córdoba.

D. Aurelio de Beruete es otro paisajista incansable, como Rusiñol, y siempre lozano en sus obras. *Fuencarral* y *Un paisaje de Suiza* son dos encantadores cuadros que en esta Exposición llevan su prestigiosa firma.

A Borrás Abella le admiramos el loco *Bacarrá!* del tríptico *Almas errantes* que tuvo expuesto en Barcelona. La figura está pintada por mano maestra y es un verdadero estudio que afirma el talento nada vulgar de su autor.

Coin d'un parc y *Le jardin de la reine* son dos exquisitos y originales paisajes que firma Botas, un pensionado canario que con el tiempo hará célebre su apellido firmando hermosos lienzos. Estos paisajes, como los de Regoyos, son de la escuela impresionista y de estilo francés puro. El catalán Brugada expone un lienzo que titula *Plegaria*, digno de encomio. De su paisano Brull son cuatro ó seis pequeños cuadros muy bellos por la finura del colorido y por sus asuntos. Son retratos de mujeres extrahumanas: *Adelfas*, *Safo*, *El beso*.

Canals avanza, aunque sin dominarnos con la obra fuerte é importante que de él esperamos sus admira-

De Covarsi son unos *Corsarios portugueses*, que sin ser una vulgaridad, tampoco acreditarán á su autor como un gran maestro.

Domingo, hijo del maestro que vive en París, firma dos ó tres composiciones de la España tan conocida de sol, pan y toros. Como habrá podido observar el distinguido artista que nos ocupa, ya no van las corrientes ni el predicamento del público por estos trillados caminos. Sin embargo, su cuadro *El espada*, que es el más acabado dentro de su estilo, no está mal y tiene expresión.

Al Sr. Gárate, que es un notable pintor aragonés, succédele algo parecido que al Sr. Alvarez Sala: ambos siguen impertérritos en medio de estas asoladoras

sano el diplomático cubano Sr. Acevedo, mi amigo, que es un pintura correcta de dibujo y acertada en el color. Notables son también los lienzos titulados *Merillague*, de Hidalgo; *Ruinas de un jardín*, de Sobrado, y *Floreal*, de Lhardy.

De López de Ayala es un retrato de una señora baronesa y su hija, que nos entusiasma por su elegancia y por su finura de expresión, y que recuerda algunos de clásicos ingleses.

Martínez Jerez ha adelantado bastante desde la última Exposición. El cuadro *En el tablado* que presenta no es una obra mediocre; su retrato tiene espíritu y está tan bien armonizado como el notable que expone Masriera, *La Maja*, que recuerda *La Tirana*, de Goya.

La paz en la aldea, de Medina Vera, es una pintura de difícil ejecución y de mucho trabajo. Su autor no tuvo tiempo quizás para terminarla y nos la muestra hoy casi en boceto. Pero así y todo pueden admirarse en este cuadro bellezas de sentimiento y de color. El retrato del pequeñín es un acierto.

De Mestres Borrell (D. F.) son unos retratos de maestro, y de Muñoz Lucena el de sus hijos, digno también de especial mención.

Vieja Celestina es un buen cuadro de Alberti. Parece este artista un poco desorientado. En este nuevo camino que nos señala en su lienzo presentará sin duda algunas obras dignas de su nombre. Oroz trae á esta Exposición algunos aguafuertes que están bien. *Flores de Primavera*, de Capulino Jáuregui, es una esperanza.

Domingo Muñoz nos muestra con oportunidad una escena de la guerra de la Independencia que en estos días conmemoramos. La titula *Los piqueros de Bailén*. Es un cuadro efectista, pero agradable en su color.

De Pellicer merece alabanza el retrato de la señora de Milá y Pi.

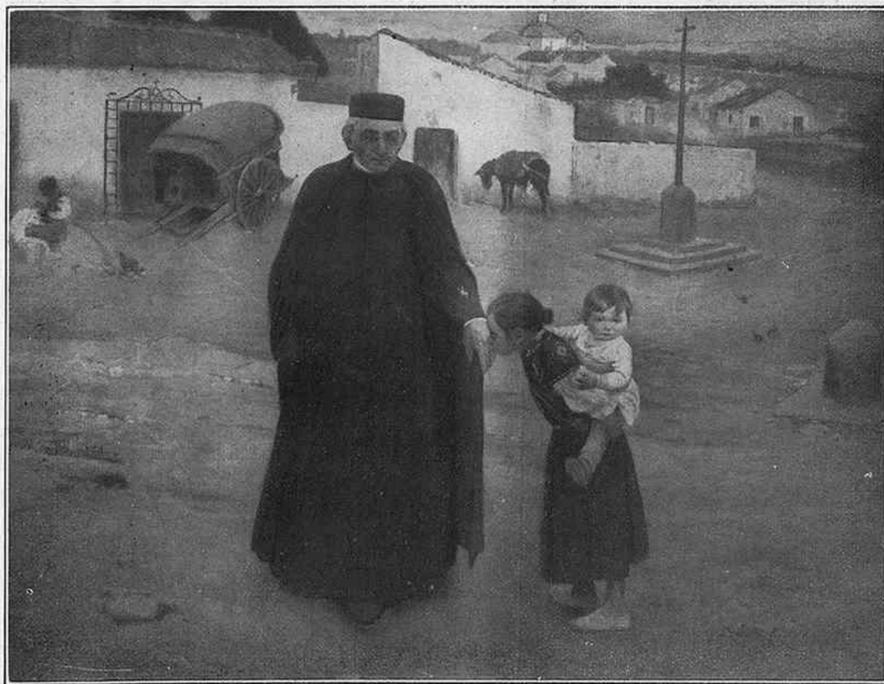
Pichot expone dos cuadros de paisaje bellísimos. Pinazo Martínez, otro pintor joven, trae á esta Exposición seis obras de importancia, unas poéticas, elevadas, y otras que recuerdan algunas escenas de sainete y sus tipos. El tipo de torero *El Habla poco*, de Posada, es una pintura excelente en algún trazo.

El caricaturista Ramírez presenta algunas obras de mucha gracia y llenas de observación.

Darío de Regoyos expone dos ó tres cuadros interesantísimos: *La procesión de los capuchinos* es un trabajo de maestro. De Sáenz son cuatro ó cinco bellos retratos; el de la señorita Pérez de Vargas acredita otra vez más á este excelente pintor.

En esta sala hay un cuadro de gran tamaño de Salaverría, *Atardecer*, que no es una obra acabada y que sin embargo tiene pormenores que revelan las excelentísimas condiciones del que lo pintó.

Sancha expone, como Ramírez, algunas caricaturas que son escenas callejeras de esta curiosa vida madrile-



La paz de la aldea, cuadro de Inocencio Medina Vera

corrientes de «simbolistas y arcaizantes,» bebiendo en su copa, como dijo Musset. *Emigración* es otro lienzo que los admiradores de esta clase de pintura —que yo afirmo no es en estos años la que se paga más cara— pueden presentar como una de las obras más notables en su género del actual concurso.

Por las seis pinturas que el laureado artista cordobés Sr. Garnelo expone este año en el Retiro, no nos atrevemos á juzgarle definitivamente. Nos parece que esos cuadros están sin concluir; el más hecho es un retrato de caballero, bien entonado y de trazo firme, cuadro que merece alabanzas.

Gómez Gil cautiva otra vez más con una marina á sol poniente.

Gutiérrez Solana es un joven batallador terrible. Tiene talento y cultura, y á todo trance quiere ser original. Hay algo, indudablemente, en este cerebro torturado por no sé qué visiones, ensueños y por el afán de gloria. Viendo su rarísimo cuadro y algunos de los aguafuertes del Canal que firma este pintor,

ña: así *La marquesita*, *Plaza de Oriente*, *Ver-bena*. Ya hemos hablado en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA de la labor de Sánchez y de su talento. Hoy repetimos la opinión de antaño y nos afirmamos en nuestra idea de que es el primero, el de mejor gusto y más intenso de todos los caricaturistas de nuestro país. Sus *Músicos callejeros* es una obra maestra.

Tapiró, el excelente acuarelista, expone algunos retratos de moros y moros de Tánger. *El Pachá de Dukali* es este año su mejor obra.

Otros aguafuertistas de talento aparecen en esta Exposición, y creo que por vez primera. Refiérome a los hermanos Tersal Artigas, de Barcelona. *Los prensadores*, *Depósito flotante* y *Muelle de carbón* son unos trabajos de verdadero mérito.

Urgell (Ricardo), no decae de los últimos concursos. Su *Marina* y la impresión de *Teatro* son dos obras encantadoras.

Y por último, admiramos en estas salas de la Exposición de Pintura unos cuadros de Pla, Verdugo y

traído á Madrid dos grupos, *Presos* y *De pesca*, admirablemente sentidos.

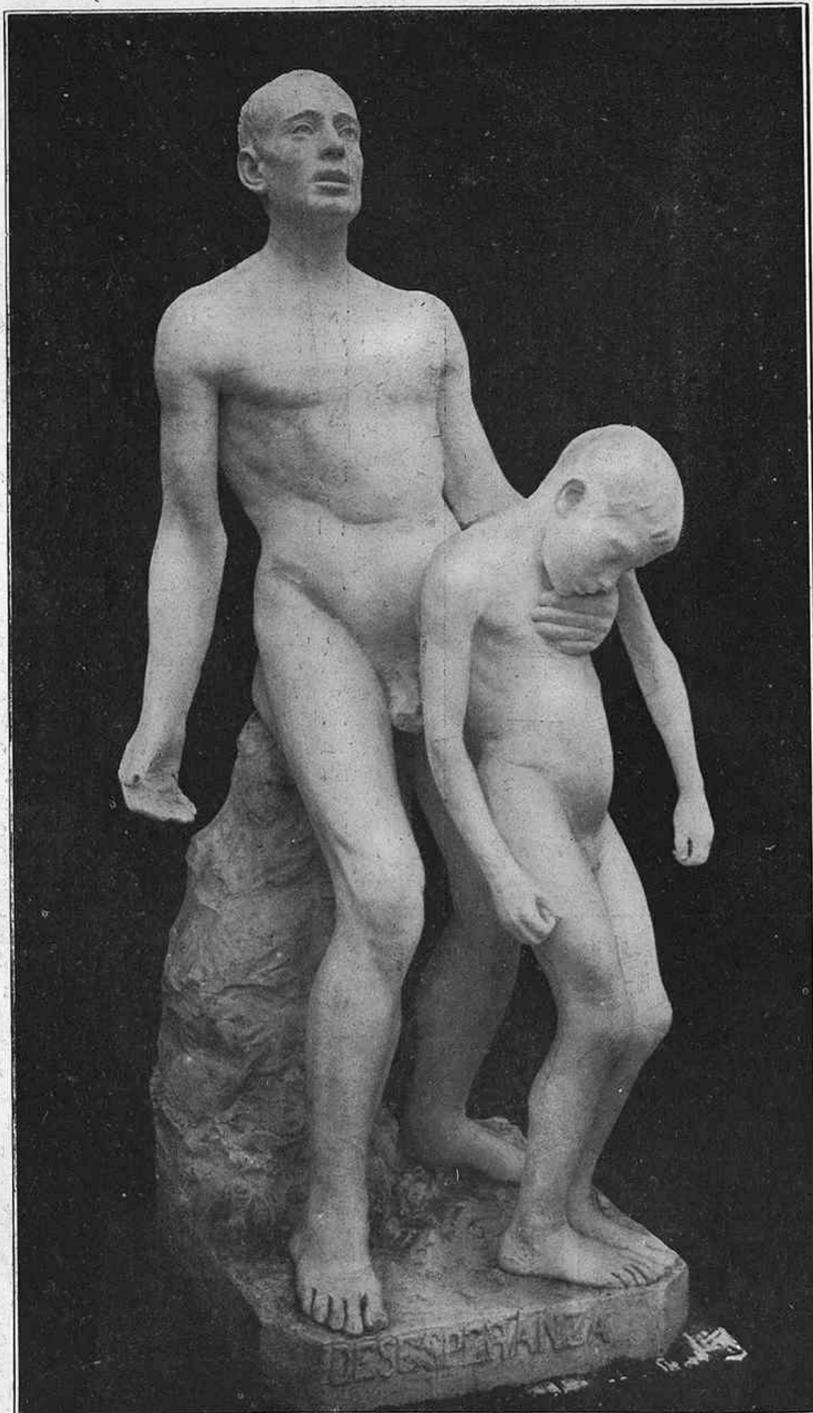


Costumbres segovianas.—La fiesta de Santa Agueda, cuadro de Samuel Mañá
(Exposición Nacional de Bellas Artes. Madrid, 1908.)

Vila Prades, los retratos y unos aguafuertes de Verger.

ESCULTURA

No es muy honrosa para el Arte la actual Exposición de Escultura. Retraídos muchos escultores de fama, las obras que se exponen en el Palacio de Cristal son escasas en número y casi todas deficientes en su ejecución. Sólo Blay y los Oslé presentan cuatro grupos notables. El primero, *El grillete* y *Eclosión*, que ya se juzgaron en la Exposición Internacional de Barcelona. El hombre arrastrando á la mujer, la cadena de nuestra triste vida, lo estimo como uno de los grandes aciertos del escultor. *Eclosión* es un grupo bellísimo que afirma la gran inteligencia de este famoso artista y el dominio que tiene de su arte. Los hermanos Oslé han



Desesperanza, grupo escultórico de M. García, premiado con segunda medalla



Autorretrato, obra de Francisco Palma

(Exposición Nacional de Bellas Artes. Madrid, 1908.)

El grupo *Patria*, de González Pola, merece figurar entre las mejores esculturas del certamen; la idea, grande en el fondo, está expresada en forma sobria y hasta cierto punto sencilla. Hay vigor en la figura del soldado y majestad en la de la matrona que deposita un beso sobre la frente del héroe.

De otros escultores son las obras siguientes: de Joaquín Bilbao, un gigantesco grupo, *Mujeres holandesas*, y unas figuritas en mármol, que están bien; de Calleja, *Gatos*; de Castellás, unos mendigos; de Coullaut, los retratos de los condes de Casal, bajo relieve elegante; de Foliá Prades, *Estudio*, un hombre sin piernas; de Pahissa, *Los desheredados*, grupo influido por las obras de los Oslé; de Perinat, un juguete en mármol, *Flor de nieve*, y dos retratos bien modelados; de Ridaura, dos niños besándose, *Semillas*, grupo sentido y lleno de expresión.

Vallmitjana, hijo, expone una agradable estatua en yeso, *Melanconía*, que es digna de alabanza.

Palma García, pensionado de Antequera, su retrato, una obra que descubre excelentes condiciones en su autor.

García y González un grupo, *Desesperanza*, sentido con alma de artista y modelado con aciertos de maestro.

en resumen, lo que atrae nuestra atención y merece sinceras alabanzas.

MANUEL CARRETERO.



Gitanos del Sacro Monte, cuadro de José M.^a Rodríguez Acosta, premiado con primera medalla (Exposición Nacional de Bellas Artes. Madrid, 1908.)

Clará es otro joven que, como Enrique Marín, de vez en cuando nos hace concebir grandes esperanzas. Aunque su desnudo no es entre sus obras la más sobresaliente, merece lugar de honor en este concurso de escultura, con el busto del pintor Rosales, de Gabriel Borrás, que es otra escultura sentida y modelada con exquisito gusto.

Canalias expone también unos hombres de mar de intensa ejecución.

Y como término de estas notas diremos que en este mismo compartimiento se admiran: en la sección de Arquitectura, unos soberbios proyectos de restauración de Calcello y otros de Urdaquileta. Y en el arte decorativo, unos carteles de los notables pintores Cidón, Gili Roig y Varela Sartorio.

En la 4.^a sección de metalistería unas medallas de Arnau; un modelo de caja de caudales, y sobre todo esto, un *San Jorge*, que es un bajo relieve repujado en estaño, y unas arcos de estilo bizantino, trabajos estos de los que es autora la señorita Carmen Baroja, es,



Vendedoras de flores en Roma, cuadro de José Bermejo, premiado con segunda medalla. (Exposición Nacional de Bellas Artes. Madrid, 1908.)

ACTUALIDADES EXTRANJERAS.—EN PORTUGAL.—EN MARRUECOS

El día 29 de abril último efectuóse la solemne apertura del Parlamento portugués. El joven rey don Manuel II, en carroza de gran gala y escoltado por una brigada de caballería, salió del palacio de las Necesidades y se dirigió al de las Cortes, siendo recibido á su llegada á éste por una comisión de las Cámaras y por la corte, que le acompañaron hasta el salón de sesiones. Penetró el monarca en éste, precedido del abanderado mayor que llevaba el estandarte real, y del infante D. Alfonso, duque de Oporto, condestable del reino, y sentóse en el trono, teniendo á su derecha al infante y á su izquierda al abanderado; en el estrado estaban los titulares de los altos cargos palatinos, y en el hemiciclo, enfrente del rey, los ministros.

El discurso del trono, después de una sentida alusión á la tragedia de que fueron víctimas el rey D. Carlos y el príncipe don Luis Felipe, describe la situación de Portugal, traza un vasto programa de la labor á que habrá de consagrarse el Parlamento y contiene una elocuente invocación á la abnegación y al patriotismo del pueblo portugués. Al terminar el discurso, resonó en el salón un entusiasta «¡Viva el rey!»

Manuel II fué en todo el trayecto objeto de las más vivas demostraciones de simpatía.

Las operaciones militares en Marruecos hállanse, por decirlo así, suspendidas, pues casi no merecen el nombre de tales unas cuantas ligeras escaramuzas sin consecuencias para ninguno de los dos contendientes. Esto no obstante, las tropas francesas prosi-

guen sus reconocimientos, así en el territorio de los Xauias, en la región de Casablanca, como en la frontera oranesa, y lo mismo el general d'Amade en aquél,

Por otra parte, aquella plaza en poder de los hafidistas constituía una dificultad y un peligro para las operaciones de los franceses en la Xauia, de tal manera que Francia había pensado en realizar una demostración naval delante de Saffi para apoyar una acción decisiva de las fuerzas del sultán legítimo.

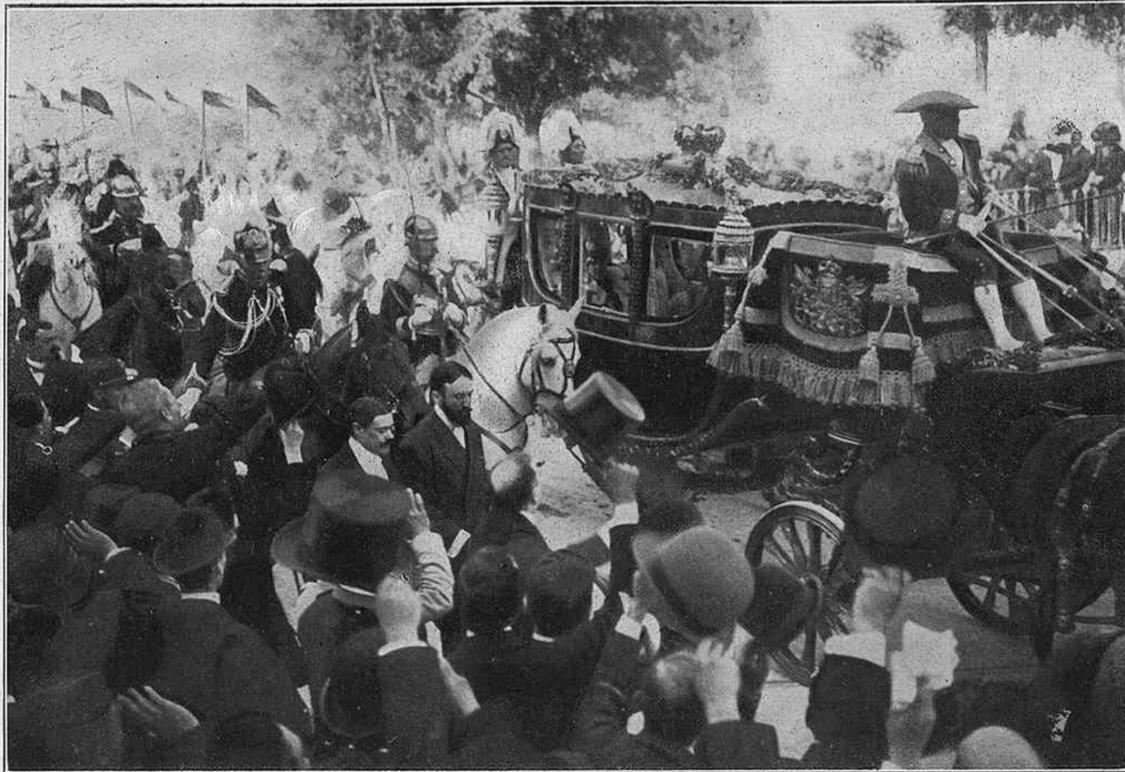
No ha sido necesario apelar á ese recurso, porque, como decimos, Saffi ha sido recuperado por Abd-el-Aziz, el día 3 del actual, sin haber hallado la menor resistencia.

La mehalla azizista, mandada por Bagdadi, marcha sobre Fez, y se dice que el bajá de Mogador, Belghazi, ha recibido orden de partir para la ciudad de Marruecos al frente de otra mehalla, y que el sultán prepara nuevas fuerzas para enviarlas al mismo destino.

Estas noticias, de origen francés, indican que la situación de Abd el-Aziz es buena, y así parece confirmarlo el hecho de que Muley Hafid, que se proponía marchar sobre Rabat, la actual residencia de su hermano, ha mudado de parecer, dirigiéndose ahora precipitadamente hacia Mequinez y Fez.

Han llegado ya á Europa los embajadores de Muley Hafid, portadores de cartas de éste para distintos soberanos, en las que el pretendiente afirma ser el único sultán legítimo, hace protestas de su estimación á los europeos, y se compromete, si los franceses ponen término á las hostilidades, á restablecer en poco tiempo la paz en Marruecos y á cumplir el acta de Algeciras, facilitando la acción civilizadora de las potencias.

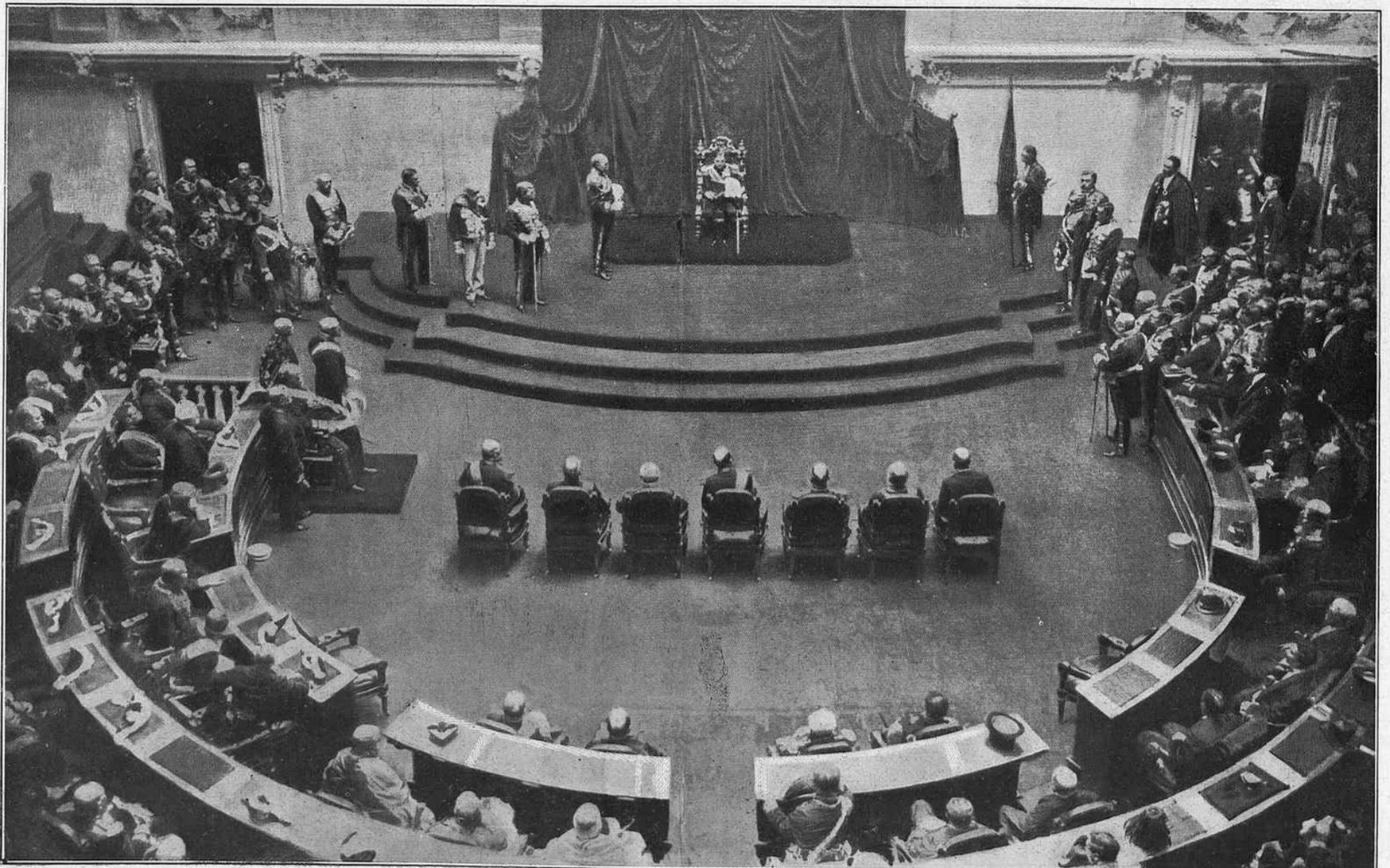
Es de suponer que esos embajadores no serán recibidos oficialmente por ningún gobierno.—R.



El rey D. Manuel II de Portugal dirigiéndose al palacio de las Cortes para inaugurar las sesiones del Parlamento. (De fotografía de Domingo A. Obradors.)

que el general Vigy en ésta, van avanzando paulatinamente y tomando cada día nuevas posiciones.

El hecho más importante ocurrido desde nuestra última crónica ha sido, sin duda alguna, la recuperación de Saffi por las fuerzas de Abd el-Aziz. Saffi era el único puerto marroquí del Atlántico que había abrazado la causa de Muley Hafid, y su posesión tenía gran importancia para éste, no sólo por lo que en sí significaba, sino además porque le permitía la introducción de armas y municiones y le proporcionaba, con su aduana, considerables rendimientos.

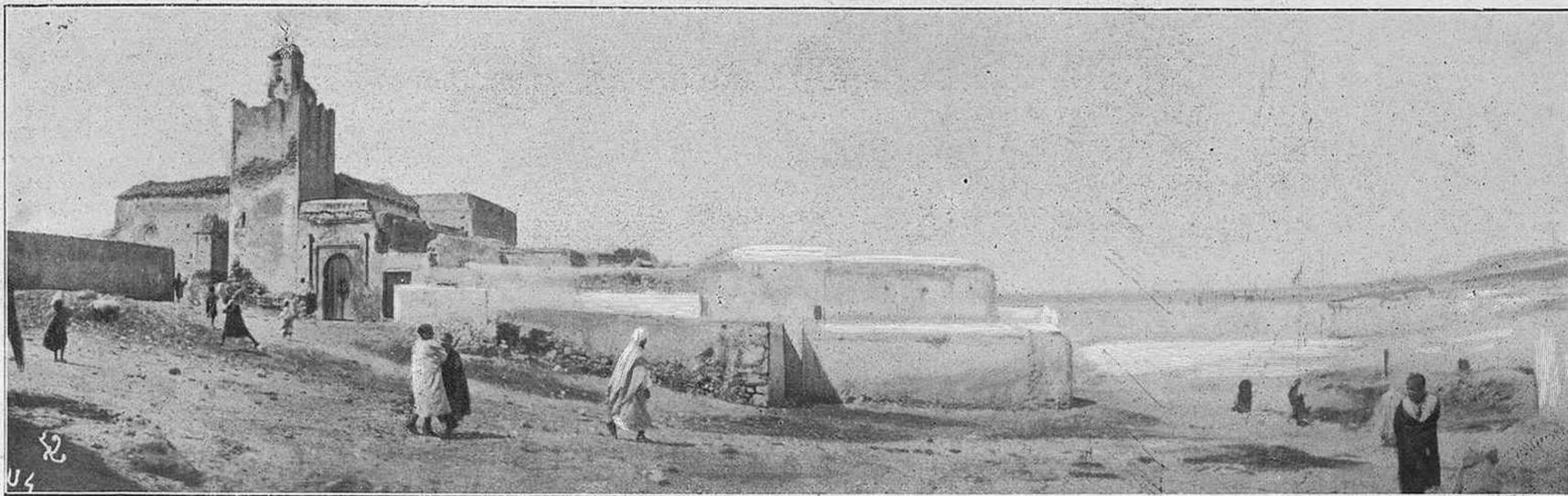


El rey D. Manuel II de Portugal leyendo el discurso del trono en la sesión inaugural del Parlamento. (De fotografía de Carlos Trampus.)

MARRUECOS.—RECUPERACIÓN DE SAFFÍ POR LAS TROPAS DE ABD-EL-AZIZ



Calle de la Aduana, después de la ocupación de Saffi por las tropas de Abd-el-Aziz



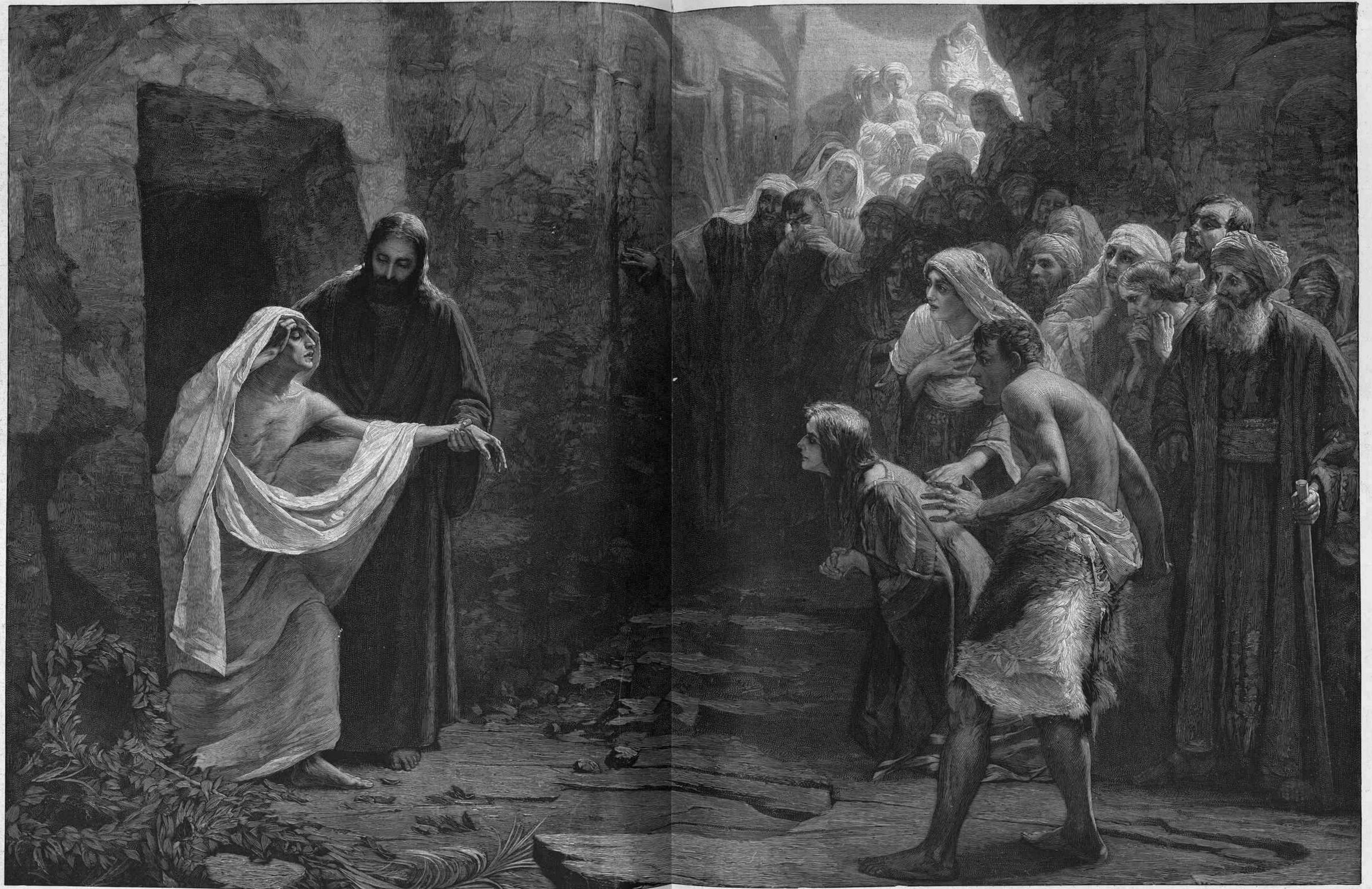
Panorama de Saffi. Vista tomada desde la kasba



Calle Mayor de la ciudad de Saffi



Una puerta de la ciudad de Saffi. (De fotografías de M. Branger.)



LA RESURRECCIÓN DE LÁZARO, copia del notable cuadro de W. Immenkamp, grabado por J. J. Weber

BARCELONA.—MONUMENTO A EMILIO VILANOVA

No hemos de decir quién fué Emilio Vilanova; á raz de su muerte, acaecida en 1905, dedicamos algunas líneas á su memoria y en ellas expusimos el concepto que unánimemente se tenía de aquel incomparable narrador de las costumbres bar-

libros de Vilanova, si no es bueno, bueno se vuelve;» y que «sus libros comunican la bondad, la resignación, la alegría del espíritu y el amor hondísimo á todo lo que es humano y precisa que sea amado.»

El monumento, erigido por subscripción popular, en la que no se admitió cuota superior á una peseta, álzase en el Parque

representaciones oficiales, de las ilustres personalidades literarias, de Barcelona y de fuera, y del numeroso público que á ella asistieron, tuvo un carácter íntimo, fué un homenaje, más que de entusiasmo, de cariño. Los discursos de los Sres. Mathieu, Guimerá y Bastardas, hondamente sentidos, llegaron al alma de sus oyentes y arrancaron muchos aplausos.

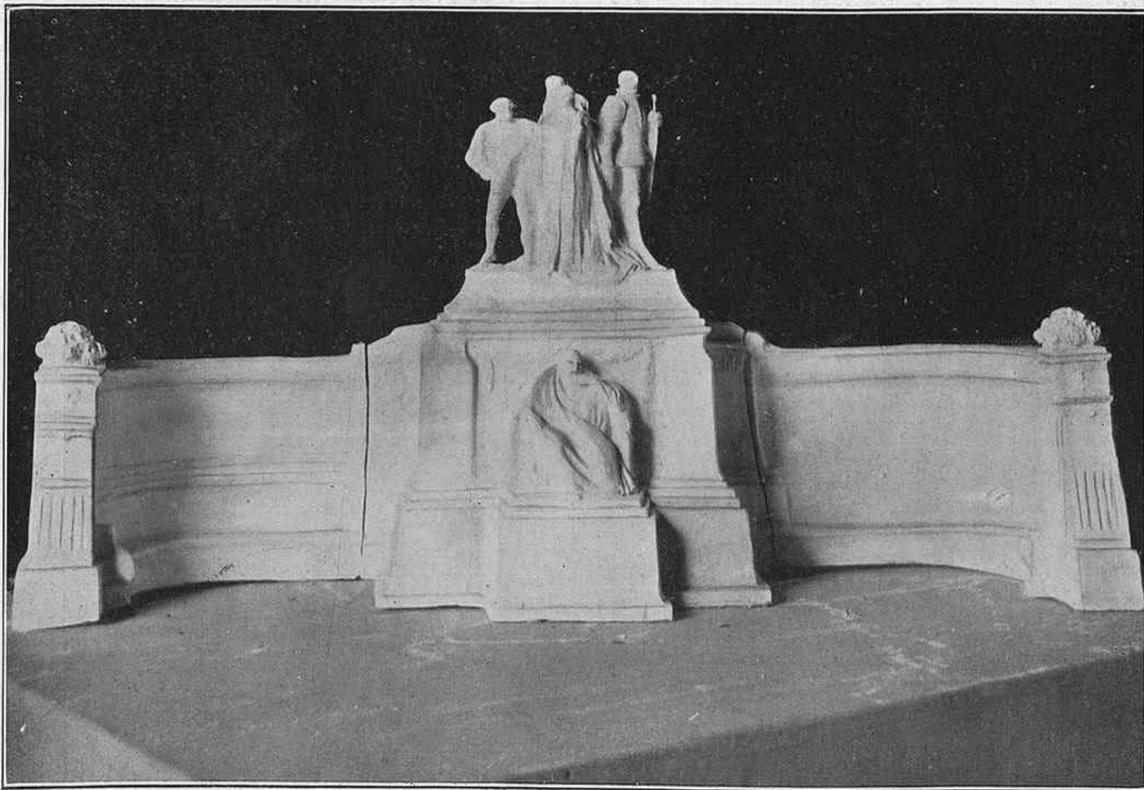


Barcelona.—Inauguración del monumento dedicado á la memoria del popular escritor Emilio Vilanova, obra de los Sres. Carbonell (escultor) y Bassegoda (arquitecto). (De fotografía de A. Merletti.)

celonesas, que como nadie ha sabido sentir y hacer sentir á sus lectores lo que es nuestro pueblo; de aquel escritor eminente á quien de un modo tan admirable definió el alcalde accidental de esta ciudad Sr. Bastardas, cuando dijo de él, en el acto

de esta ciudad, en una plazoleta cercana al lago. El busto, obra del escultor Sr. Carbonell, es de un parecido perfecto y de una expresión inmejorable; el pedestal, sencillo y esbelto, ha sido proyectado por el arquitecto Sr. Bassegoda y ostenta

El que tanto amó al pueblo barcelonés tiene ya el monumento que el amor de los barceloneses le ha erigido. Vilanova ha inmortalizado en sus libros á la Barcelona que poco á poco va desapareciendo; y esta Barcelona, agradecida, ha perpetuado la memoria del que fué uno de sus hijos más modestos, pero no por esto menos predilectos é ilustres, señalándolo á la posteridad como modelo de escritores, de hombres y de ciudadanos.



Boceto modelado por Smith del monumento que ha de erigirse en Villafranca del Panadés á la memoria del eximio literato D. Manuel Milá y Fontanals, obra del arquitecto Sr. Pijoán. (De fotografía de Branguli.)

inaugural del monumento, que «era un buen escritor y un escritor bueno.» Porque realmente la característica de Vilanova fué, tanto como su talento, que era grande, su bondad, que era inmensa; por esto pudo decir con razón el ilustre Guimerá en el discurso leído en aquella ceremonia: que «Quien lee los

en su cara anterior el escudo de Barcelona y la inscripción «A P Emilio Vilanova,» y en la posterior las fechas del nacimiento y de la muerte de éste, 1840 y 1905, y la del año actual. La inauguración, efectuada el día 9 de los corrientes, fué una ceremonia en extremo conmovedora; á pesar de las muchas

MONUMENTO A D. MANUEL MILÁ Y FONTANALS

La ciudad de Villafranca del Panadés, cuna de D. Manuel Milá y Fontanals, celebró el día 10 de los corrientes con grandes fiestas la ceremonia de la colocación de la primera piedra del monumento dedicado al eximio literato. Asistieron al acto el cardenal Casañas, el obispo de Vich Dr. Torras y Bages, el obispo auxiliar de Barcelona Dr. Cortés, el gobernador civil Sr. Ossorio, representantes del Ayuntamiento barcelonés, de la Diputación provincial, comisiones de la Universidad, del Fomento del Trabajo Nacional, de la Cámara de Comercio y de multitud de otras corporaciones, y un gran número de literatos, entre ellos el Sr. Menéndez Pelayo, que ostentaba la representación del gobierno.

Su Emma, el cardenal bendijo la primera piedra; los coros *El Penadés* y *Obrers del Penadés* cantaron un hermoso himno á la gloria de Milá y Fontanals, letra del poeta Sr. Mas y Fonet y música del maestro Vinyals; pronunciaron elocuentes discursos el Dr. Torras y Bages y los Sres. Bertrán de Amat, de la comisión del monumento, y Amiguet, alcalde de Villafranca, y se procedió á la colocación de la piedra.

Terminada la ceremonia, celebróse en la Casa de la Ciudad un banquete, durante el cual varios coros y solistas cantaron canciones populares catalanas.

Después la comitiva oficial, seguida de numeroso público, dirigióse al cementerio para depositar sobre la tumba en que descansan los restos de Milá y Fontanals la preciosa corona que las damas catalanas han dedicado al gran maestro; durante aquel acto solemnísimos leyeron hermosos discursos doña Carmen Karr, directora de la notable revista *Feminal*, y doña Inés Armengol de Badía.

El monumento, cuyo boceto, modelado por el escultor señor Smith, reproducimos adjunto, es obra del arquitecto Sr. Pijoán. Forma un banco semicircular, de alto respaldo, en cuyo centro se destaca la estatua de Milá y Fontanals, vestido con la toga de catedrático y en actitud pensativa. Rematan el monumento cuatro figuras que representan la Poesía épica, la Poesía popular, la Poesía trovadoresca y la Belleza.

Villafranca ha cumplido como buena honrando de una manera tan espléndida la memoria de su hijo preclaro, del que tanta gloria ha dado á su patria, del que tan alto puesto ocupa en la historia de la literatura universal.

EL HEREDERO

NOVELA INGLESA ORIGINAL DE SYDNEY C. GRIER.—ILUSTRACIONES DE G. P. JACOMB-HOOD. R. I.

(CONTINUACIÓN)



¿Quiere usted un poquito más de ron?

Cuando pasaron la frontera rumi, se levantó de un salto Zoe de su asiento para contemplar el paisaje, diciendo al oído á Mauricio:

—Ahí tienes nuestro país.

Su país los recibió con muy poca hospitalidad, porque la lluvia caía á mares y su aspecto general resultaba árido y descuidado en extremo. Llegaron á una miserable y pequeña estación, apartada, al parecer, de todo pueblo ó aldea y llena de soldados rumis; Wylie, por amor al oficio, quiso verlos más de cerca, bajó del tren junto con Mauricio, llevándose cuantos cigarrillos traían, y los distribuyó entre aquellos hombres que con tanta paciencia se estaban dejando calar hasta los huesos. Un sargento ya de edad que había servido en Egipto y que muy pronto conoció que Wylie era un oficial inglés, contestó en árabe á las preguntas de éste, cuadrándose militarmente. Aquel destacamento, dijo, había venido allí para proteger la estación, pues corría el rumor de que una partida de revolucionarios tracios andaba por las inmediaciones con siniestros designios. Desde por la mañana muy temprano estaban en la estación, sin albergue ni provisiones, destrozados los

uniformes y agujereadas las botas. El edificio de la estación lo ocupaba el kaimakam del distrito, bajo cuyas órdenes estaban aquellos soldados y que se hallaba sumamente ocupado; pero seguramente cuando fuera tiempo ya proveería á las necesidades de la tropa. Algunos de los soldados más jóvenes y menos sufridos habían propuesto que se sobornara á su secretario para que le llamara la atención sobre dichos extremos; pero aparte de que con su paga, que percibían con un atraso de varios meses, no tendrían lo bastante para despertar la codicia de tan importante personaje, el sargento había hecho la reflexión de que semejante paso sería oponerse impiamente á los decretos del destino. Saludó marcialmente y volvió á unirse á sus soldados; aquella personificación, estoica y aterida, de la virtud militar puesta en mal aprieto.

—Son de los mejores soldados que hay en el mundo, dijo con calor Wylie á Mauricio. ¡Qué partido tan grande podría sacarse de ellos en la India! Si esa tropa fuera inglesa, ya haría seis horas que estaría insubordinada. Mire usted aquellos dos enfermos, en el cobertizo de las mercancías, cómo aguantan la

lluvia, y entre tanto, el kaimakam, sin duda, se estará atiborando de *hashish* en la casa del jefe de estación.

—Vamos á buscarlo y á afearle su abandono al no buscar alojamiento para su gente, dijo Mauricio.

Wylie movió la cabeza á uno y otro lado.

—No me atrevo, dijo. Lo único que hará será alojarlos en las casas de los habitantes cristianos de la aldea que allá lejos se ve. Eso ha de ser lo que al fin ocurra, creo yo; pero no quiero cargar con la responsabilidad de adelantar los sucesos.

Dirigió la vista á las dispersas casas del lugar que desde allí se veía coronando un ribazo, casas de techos planos y de un blanco sucio, que más parecían reunidas para hacerse compañía que para protegerse mutuamente; luego la volvió á fijar en el rostro del viejo sargento, que se había acercado otra vez y saludaba militarmente.

—¿Viene el señor oficial á servir en la nueva gendarmería?, preguntó respetuosamente.

—No, vengo únicamente á ver á un amigo, respondió Wylie.

—¡Alabado sea Alah!, contestó el anciano con evidente satisfacción.

—¿Y por qué?, preguntó Mauricio cuando Wylie le hubo traducido la respuesta. Pregúntesele usted.

El sargento necesitó que lo apremiaran algo, pero al fin dió su razón con firmeza.

—Porque el señor oficial tiene los ojos del color de la crueldad, dijo. Nunca he visto ojos más crueles, y eso que he visto muchos hombres.

La contrariedad que se pintó en el rostro de Wylie hizo que Mauricio insistiera en que tradujese lo dicho, y cuando lo hubo hecho no pudo menos de reirse.

—Pregúntele usted, añadió, á ese viejo camama si realmente cree en semejantes sandeces.

—Los ojos del señor oficial han de infundir verdadero terror á sus enemigos, que huirán ante él y á quienes hará polvo, contestó el sargento tratando de conciliarlo todo; pero á sus propios soldados les gustaría más que fueran como los de ese joven caballero, su amigo.

—Vaya, creen que ha de ser usted más blando, ¿no lo ve usted?, exclamó con aire de triunfo Wylie. Cuando las grandes potencias le hagan gobernador general de Emacia, lo que debe usted hacer es llamarme y nombrarme general en jefe para que todos anden derechos.

—Está bien. Tenga usted presente que le tomo la palabra, contestó Mauricio dirigiéndose al tren, pues ya llamaban á los pasajeros, y sonriéndose al pensar que bien pudiera llegar á ser verdad la broma de Wylie.

—¡Ah!, Mauricio, esto ha sido un presagio feliz!, dijo en voz baja la emocionada Zoe, que estaba asomada á la ventanilla.

—Tonterías, respondió alegre Mauricio. Ahora vamos á admirar un magnífico panorama de montañas y además veremos gratis las partidas revolucionarias.

El tren comenzaba á entrar en la región montañosa y los cuatro jóvenes se colocaron en las ventanillas del pasillo, desde donde se disfrutaba de una muy extensa vista; pero la señora Smith se resistió á salir de su compartimiento, diciendo que Emacia tenía el aspecto más agreste y salvaje del mundo entero, tanto que se estremecía sólo al pensar en él y que trataría por lo tanto de distraerse, lo que consiguió, primero leyendo una novela francesa y quedándose luego dormida.

Realmente el paisaje que se veía desde el costado del coche donde ella iba sentada, no tenía nada de bello, puesto que se limitaba á la peñascosa altura en cuya falda se había abierto paso la vía á fuerza de barrenos; pero por el lado opuesto se distinguía algo parecido á un paisaje, según decía Mauricio. Desde el mismo borde de la línea, espesos bosques iban bajando, bajando, hasta unas profundidades adonde la vista no alcanzaba; subiendo luego por la otra pendiente del valle hasta unas alturas detrás de las cuales se estaba ya ocultando el sol, aunque apenas eran las cinco de una tarde de verano. En uno ó dos lugares pudieron ver, por un momento, corrientes de agua espumosa; pero por lo general sólo árboles se distinguían. Según decía Zoe, tenía el paisaje algo de sobrenatural, como si atravesaran por entre selvas encantadas. No la asustaba hacerlo en el tren; pero el pensar sólo en cruzarlas á pie, era lo bastante para infundir pavor al corazón más animoso.

—Muy pronto vamos á pasar por el gran viaducto sobre el río, dijo Wylie. Creo que es allí mismo donde la línea describe una curva tan pronunciada, que desde este extremo del tren veremos la locomotora y los primeros coches formando con nosotros como un ángulo recto, al entrar en el puente.

Poco después exclamó Irene:

—¡Allí se ve!

Ella y Zoe estaban sentadas en la banqueta debajo de la ventana; Mauricio y Wylie detrás, de pie. Todos alargaron la cabeza, ansiosos por ver el famoso puente, y la retiraron en seguida, riéndose, con el cabello en desorden, porque en aquel valle estrecho el viento era muy fuerte. Irene se echó hacia atrás para colocar bien una horquilla; los dos hombres se reían al verse tan despeinados, y únicamente Zoe continuaba mirando, cuando ocurrió lo que jamás pudo ella olvidar, aunque nunca le fué posible darse cuenta del orden exacto en que ocurrieron los hechos. En espera de ver la cabeza del tren, tenía los ojos fijos en el puente, cuando vió que el extremo más próximo se levantaba en el aire repentinamente y al parecer sin esfuerzo alguno. Abrió la boca para decir: «¡Miren el puente!», pero sus palabras quedaron ahogadas por el ruido de una explosión que debió haber sido simultánea con la subida del puente, pero que le pareció posterior, tras un intervalo muy corto. El tren cabeceó y se bamboleó, los cristales de las ventanillas y lámparas se rompieron y cayeron como lluvia, produciendo un extraño retintín. Mau-

ricio y Wylie fueron á parar al otro lado del pasillo. Zoe é Irene, sin saber cómo, se hallaron en pie mirándose mutuamente, muy abiertos los ojos, y oyeron á Wylie que ansioso les gritaba que se sentaran; parecióle confusamente á Zoe que el tren se había salido de los rieles y que trataba de subir por la pendiente. Pero ¿qué significaban aquellas terribles sacudidas que parecían las de un terremoto? A pesar de comprender que era una tontería, iba á preguntar: «¿No es verdad que la cuesta próxima á la vía no parecía ser aquí tan áspera?», pero las palabras se le helaron en los labios. El piso se hundió bajo sus pies, el hueco de la ventanilla se prolongaba, sin saber cómo, hasta el techo; luego oyó un crujido horrible y le pareció que caía á través del espacio; después todo quedó en silencio.

V

EL MALETÍN DE LAS JOYAS

Cuando Zoe volvió en sí, lo primero de que se dió cuenta fué del mal gusto que sentía en la boca; después, de los bosques cuya negra silueta se destacaba á su frente, sobre el firmamento. Arrojó un débil grito y cerró los ojos para no ver nada.

—Vamos bien, exclamó una voz. ¿Cómo se siente usted?

—Toda dolorida, murmuró ella muy quedo.

—Eso no es nada. Extienda usted el brazo.

Tan imperioso era el tono de aquellas palabras, que la joven obedeció maquinalmente.

—Ahora las piernas.

Y las alargó y encogió con un movimiento espasmódico.

—Está usted perfectamente, siguió diciendo la voz, que comenzaba ya á serle conocida á Zoe. ¿Quiere usted un poquito más de ron?

—¡Ah, no!, dijo ésta con repugnancia, apartando de sí el frasco que la ofrecían y echando de ver que tenía la cabeza apoyada en el brazo de Wylie. Ya me encuentro bien. ¿Perdí el sentido? ¿Dónde está Mauricio? ¡Ah!, añadió recobrando la memoria. ¿Está á salvo Mauricio?

—Está perfectamente y ayudando á salir á su hermana de usted de entre los coches destrozados. Oímos su voz y le he dejado en esa faena, mientras yo la subía á usted hasta aquí arriba. Ahora voy á buscar algo que le sirva á usted de almohada y luego la dejaré.

Enderezándose con dificultad, apoyada en el codo, Zoe vió que se hallaba tendida en lo alto de un ribazo escarpado de piedras y cascotes, cubierto á trechos de hierba. Más abajo estaba el tren deshecho y tumbado sobre el talud. Algunos hombres recorrían los coches, sacando pasajeros por los huecos donde estuvieron las ventanillas, ó apartando los montones de hierros torcidos y maderos hechos astillas. Varios de los viajeros que ya habían dejado el tren, se hallaban sentados en el declive lamentándose; otros se vendaban con pañuelos las heridas recibidas en cabeza y manos; á unos pocos los llevaron al pie de un árbol, donde un hombre en mangas de camisa se inclinaba sobre una mujer tendida en el suelo. Todo eso pudo verlo Zoe antes de que Wylie subiera otra vez corriendo la pendiente, trayendo en la mano una pequeña maleta que encontró arrojada á un lado, fuera del paso de los que estaban prestando auxilio.

—Le pondré esto debajo de la cabeza, dijo apresuradamente, y con un pedrusco á los pies, ya no habrá temor de que ruede usted por la cuesta abajo. Cierre usted los ojos y estése tranquila y verá cómo pasa pronto el susto.

—¿No podría yo bajar también para ayudar en algo?, preguntó Zoe.

—No; no se mueva usted; eso sería lo mejor que pudiera usted hacer. Yo la llamaré cuando su hermana esté ya fuera del tren.

Zoe le desobedeció hasta cierto punto, pues se puso á contemplar á los que estaban trabajando en el tren, hasta que distinguió á Mauricio; luego se recostó sin poder reprimir una risita histérica al pensar que Wylie había enviado á su hermano á salvar á una persona extraña, mientras ella estaba entregada á merced de otra. Al poco rato oyó que la llamaban.

—Señorita Smith, nos llevamos á su hermana para que la reconozca el médico. Está herida, pero no creo que sea cosa de cuidado. ¿Quiere usted venir?, dijo Wylie.

Poniéndose con trabajo en pie, aceptó reconocida la mano de Wylie para bajar la pendiente. Irene no había recobrado todavía por completo el conocimiento y se quejaba cuando la tocaban; Mauricio y Wylie la transportaron al improvisado hospital de campaña, donde un médico francés, que afortunadamente iba entre los pasajeros, hacía cuanto estaba

en sus manos para atender á los heridos. Una ó dos señoras que habían salido ilesas, desgarraban sus guardapolvos para hacer vendajes provisionales; detrás del árbol había algunos cuerpos rígidos cubiertos con abrigos y mantas de viaje que á toda prisa se recolectaron. Zoe se estremeció á su vista, pero el médico no tenía tiempo que perder. Viendo que el mayor daño que Irene había recibido era la dislocación de un hombro, se la redujo en el acto sin andarse con contemplaciones; le arregló el brazo perfectamente y dijo luego á Zoe que se la llevaran de allí, pues los rasguños y contusiones tendrían que esperar más oportuna ocasión para ser curados. Mauricio se adelantó para sostenerla y dijo al oído algo al doctor, quien asintió con un vigoroso movimiento de cabeza, diciendo:

—De todos modos, haga usted que se acueste lo antes posible. Es de un temperamento muy nervioso, según he podido ver, y lo más probable es que sobrevenga la fiebre. Ya me cuidaré de que vaya en la primera tanda de heridos.

Cuando Mauricio y Wylie la colocaban cuidadosamente en el repecho, Irene se incorporó haciendo un esfuerzo.

—¡El maletín de las joyas!, exclamó con fuerza. ¡Mi maletín de las joyas! ¿Dónde está?

—Debe estar todavía dentro del vagón, dijo Mauricio. Ya lo encontraremos.

—¡Tráiganmelo!, exclamó colérica. Lo necesito.

—Ya lo traerán, dijo Zoe tratando de tranquilizarla, pero hasta ahora nadie lo ha visto; de todos modos no se apure usted, Irene, que todo se andará.

Esto último lo dijo algo impaciente, pues había colegido, por lo que Mauricio había dicho en voz baja al doctor, que la señora Smith era uno de los muertos é Irene no había ni tan siquiera preguntado por ella.

—¡Está perdido! ¡Me lo han robado!, exclamó Irene. Yo lo arrojé por la ventanilla cuando el tren principió á ladearse. Ofrezca usted, pronto, una gratificación, un millón de francos, lo que usted quiera.

—Su riqueza, señorita, debe ser mucho mayor que su prudencia, pues de otro modo no hubiera usted traído consigo cosas de tanto valor, dijo con sequedad el doctor, que como todos los demás que por allí cerca estaban, se había aproximado al oír los gritos de Irene.

—Era cuanto poseía en este mundo. Mis joyas lo son todo para mí, exclamó como fuera de sí. No me iré de aquí sin ellas. Las buscaré, aunque sea á gatas, por toda la vía. Tiene las iniciales I. I. Smith. Una maleta de cuero, pequeña, con abrazaderas de metal. ¿No la ha visto nadie?

Zoe abrió la boca y cogió del brazo á Mauricio, indicándole con la otra mano la maleta abandonada cerca de lo alto de la cuesta. Un momento después el joven la trajo, y su hermana, entre risas y lágrimas, se la devolvió á su ama.

—¡Ah, Irene, cuánto lo siento! El capitán Wylie me la puso para que me sirviera de almohada y yo no reparé en lo que era. Pero cuando usted habló de las abrazaderas de metal, me acordé de lo molestas que me habían parecido. Vamos, ya estamos tranquilas, ¿no es verdad?

Irene se acostó casi desmayada, pero sujetando con fuerza la maleta entre las manos, mientras los circunstantes se dispersaban en diversas direcciones murmurando y cuchicheando de aquel vulgar desenfado. Ya se habían puesto en comunicación con la estación más próxima, un caserío de la montaña, en comparación del que era una capital la aldea donde habían de alojarse los soldados rumis. Muy pronto llegó por la línea férrea una máquina con una plataforma conduciendo á un empleado de la compañía y varios trabajadores, quienes comunicaron la noticia de que se habían pedido por telégrafo auxilios á otra estación de más importancia, pero que únicamente podrían enviar una locomotora y algunas plataformas y aun tal vez no llegarían aquella noche. Era por lo tanto necesario que los pasajeros eligiesen entre quedarse donde estaban, ó volverse andando á la última estación de donde habían salido, acompañados por los que habían venido últimamente. Pronto se vió á qué iban aquellos trabajadores; en efecto, sacaron con gran trabajo de uno de los vagones cerrados, que desde que ocurrió el accidente estaba muy vigilado, unas cuantas cajas muy pesadas que amontonaron sobre la plataforma. El doctor consiguió que permitieran á Irene y á otros tres pasajeros cuyas heridas no eran bastante graves para impedirles andar, que fueran sentados en dichas cajas, sobre las que, con mucho cuidado, los acomodaron, llevando Irene asida con la mano que tenía útil la maleta de las joyas.

A los pasajeros que quisieron ir andando se les rogó que marcharan junto á la plataforma para que

servieran en cierto modo de escolta, al frente de la cual se pusieron dos guardas armados que venían hechos cargo del dinero. Debido a la prohibición que existía de importar armas, Wylie había enviado por mar las suyas reglamentarias, y aunque así él como Mauricio habían traído escopetas de caza, no habían tenido tiempo de sacarlas de entre los equipajes amontonados junto al tren. Wylie tenía un revólver de bolsillo del cual nunca se separaba, aleccionado por la experiencia adquirida en los peligros que había corrido, y se lo enseñó a Zoe para darle ánimo al tiempo de emprender la marcha. Como ya estaba anocheciendo, se habían encendido hogueras a los lados de la vía a fin de que se calentaran los pasajeros que habían optado por quedarse junto al tren.

—Cómo, ¿hay algo que temer?, dijo Zoe. ¿Acaso lobos?

—Quizás, pero no era mi ánimo asustarla; únicamente trataba de disipar sus temores, si es que usted los tenía.

—Wylie no puede seguirte a través de tus cambios de ideas, dijo Mauricio, que llevaba el saco de mano de Zoe, única cosa que habían podido recoger. Decías que te infundían miedo los bosques cuando estabas perfectamente segura en el tren, y ahora parece que vas de fiesta andando a pie por ellos a estas horas tenebrosas.

—¡Ah! No, ya sé lo que ha querido usted darme a entender, exclamó Zoe. A lo que hemos de temer es a los que han destruido el puente. ¿Cree usted, pues, que eso ha sido intencional?

—Sin duda ninguna, dijo Wylie, ha sido obra de la dinamita; algún aparato de relojería que había de hacer explosión en un momento dado; pero ha estado unos cuarenta segundos antes de lo calculado. El maquinista vió perfectamente cómo el puente saltaba y tuvo el tiempo justamente necesario para descarrilar el tren, echándolo a un costado. Si hubiera entrado en el puente, como creían los monstruos que pusieron la dinamita, nadie hubiera escapado.

—Yo lo vi también, dijo Zoe estremeciéndose. ¿Y quiénes cree usted que hayan sido?

—Pues, por supuesto, los revolucionarios tracios de que nos habló el sargento, dijo Mauricio. Por medio de una falsa alarma, hicieron salir las tropas de sus puestos y el puente se quedó indefenso; ha estado todo muy bien preparado. Decían en el tren que todas estas partidas tracias están a las órdenes del obispo de Tatarjé, que es un gran panslavista.

—¿Pero qué ventajas les ha de reportar la destrucción de un tren atestado de gente que ninguna culpa tiene de sus males?, preguntó Zoe. ¿Vendrían por el dinero?

—Es muy probable, dijo Wylie. Con dinero se adquieren más dinamita y más fusiles. Pero aun cuando todo él hubiera ido a parar al río y se hubiera perdido, el efecto moral que la voladura de un tren como éste hubiera causado en Europa tenía que ser inmenso. Hubiera hecho que la opinión pública se fijara en sus quejas, y sus autores hubieran sido tenidos por unos héroes a quienes nada arredra.

—¿Y cree usted que ahora andarán ocultos entre los árboles?

—No, puesto que el golpe ha fallado. Me figuro que estarán corriendo a toda prisa para aparecerse en otra parte opuesta del país con el fin de probar la coartada; pero aun cuando estuvieran por aquí, no creo que nuestro aspecto les incite a atacarnos.

—Tenemos muy mala facha, dijo Mauricio tratando de ver a la claridad del crepúsculo sus manos arañadas y sus vestidos desgarrados. Cuando lleguemos a la estación, mi hermana nos curará las heridas y contusiones; porque ha de saber usted, añadió dirigiéndose a Wylie, que mi hermana es de aquellas personas que se precian de viajar con todo cuanto la persona más previsora cree que ha de llevar consigo para un caso de necesidad; así es que de seguro traerá tafetán inglés.

—Mucho tengo en mi equipaje, pero aquí poco, dijo Zoe, por lo que habrá que economizarlo. Supongo, añadió nerviosa, que no nos estarán aguardando un poco más adelante para robar las cajas del dinero.

—No hay que pensar en eso, dijo Wylie. Estamos preparados para recibirlos y ellos lo saben; según tengo entendido, mañana mismo seguirá su camino el dinero, escoltado por fuerza armada. Si me fuera lícito dar un consejo, les diría que las joyas que tanto preocupan a su hermana de usted, también debería enviarlas por delante.

—Jamás se separa de ellas, dijo Zoe con convicción. ¡Ah! No me mire usted como pidiéndome que la convenza. ¿Cree usted que si ella me hiciera caso, por poco que fuera, andaría como anda llevándolas de un lado a otro?

—Nosotros somos para ella casi unos extraños, sabe usted, dijo Mauricio algo embarazado; no po-

demos, pues, hacernos la ilusión de que tenemos sobre ella gran ascendiente.

—Pues bien: me parece que este es uno de esos casos en que está indicado el empleo de la autoridad fraternal. Haga usted, señorita Smith, que su hermano le hable con toda seriedad y no sea usted siempre la que tome a su cargo las comisiones enojosas. Mucho me temo que va usted a pasar un mal rato cuando tenga que darle la noticia de la muerte de la señora Smith. Y a propósito, ¿era ella también tía de usted?

—¡Oh, no! No tenía ningún parentesco conmigo, respondió Zoe.

—Nunca la habíamos visto antes de este viaje, agregó Mauricio.

—Eso mismo supuse cuando les vi a ustedes por primera vez, dijo Wylie a Zoe. En ese caso, ¿es tan sólo una coincidencia el que lleven ustedes el mismo nombre?

—Pura y sencillamente una casualidad, dijo con énfasis Zoe.

Y Mauricio añadió:

—Va usted a decir que somos una gente muy rara.

—De ningún modo, contestó Wylie cortésmente, pero con cierta incredulidad.

—Vaya si lo pensará usted, exclamó Zoe. A nosotros, en su caso, nos parecería que éramos la familia más extraordinaria que jamás ha existido. Pero ¿qué quiere usted que le hagamos?

—La familia propia es una de esas cosas con que hemos de conformarnos a la fuerza, dijo Wylie con la mejor intención, y principió a citar ejemplos de algunas que había conocido.

Mauricio y Zoe hubieran querido decirle la verdad; pero ¿cómo iban, sin el consentimiento de Irene, a manifestar la manera como se habían conocido?

—Esto es horroroso, Mauricio, decía más tarde lamentándose Zoe. ¿Qué pensará cuando vea que en Therma nos separamos, ó si alguna vez vuelve a encontrarla sin nosotros ó a nosotros sin ella? Le va a parecer que con toda intención le hemos estado engañando durante todo el viaje.

Pero de ello no se habló más cuando hubieron llegado al pueblo y aceptado, sin gran entusiasmo, el único alojamiento que había disponible. La posada hubiera podido muy bien acomodar a uno ó dos *sportmen* poco melindrosos; pero en aquella ocasión, invadida por una muchedumbre de viajeros cansados y hambrientos, y muchos de los cuales no tenían más ropa que la puesta, resultaba insuficiente.

Los empleados del ferrocarril, ayudando a Wylie, cuya experiencia reconocían, emprendieron la tarea de alojar al pasaje como mejor pudieron. El largo desván que formaba el piso más alto de la posada fue destinado a las señoras; todas las camas que había en el establecimiento y que no inspiraron grandes sospechas fueron trasladadas allí; y con mantas y sacos se prepararon lechos para los hombres en el piso bajo. Unas vasijas con mal preparadas gachas y unas fuentes de carne cocida de cualquier modo fueron servidas al cabo de algún tiempo, pues había sido preciso buscar en el vecindario la harina y un carnero; no había tenedores ni cuchillos y las cucharas escaseaban. A Wylie le tocó su parte en las maldiciones que le echaron a la empresa del ferrocarril, que, según lo que decían, debió haber tenido preparado con anticipación, en aquel mismo lugar, un hotel perfectamente provisto, con restaurant, peluquería, baños y un gran depósito de ropa; mas él siguió impertérrito, sonriéndose cortésmente y disponiendo con perfecto aplomo el desayuno para el día siguiente.

Unas mozas, sucias y descalzas, que habían sido llamadas para servir a los viajeros, tropezaban unas con otras en la escalera, tan empujada como una de mano, ó bien se quedaban paradas con los ojos como platos contemplando a los señores y señoras europeas, sentadas incómodamente en el suelo y murmurando de lo que para ellas hubiera sido un suntuoso banquete. Agua caliente no se pudo conseguir de ningún modo, y aun cuando así hubiera sido, no se habría encontrado en qué echarla; los cepillos y peines de los pasajeros que habían tenido la suerte de conservarlos, pasaban de mano en mano para que disfrutaran de sus beneficios los que habían sido menos afortunados. Zoe pudo, por suerte, escapar pronto del barullo, porque teniendo que atender a Irene, la dejaron que la subiera al desván en cuanto estuvo lista una cama. Mauricio les llevó una taza de caldo, mejor dicho, del agua en que habían cocido el carnero y en la que nadaban unos pedazos de carne. Irene no quiso comer nada. Mientras estuvieron sentados en la parte exterior de la posada esperando a que arreglaran el desván, había levantado de pronto la cabeza del hombro de Zoe, donde la tenía apoyada, como si despertara de un letargo, y había preguntado:

—¿Dónde está Eudoxia Vladimirovna? No la he visto.

—Me parece..., me parece que se quedó atrás..., en el puente, tartamudeó Zoe.

—¿Está herida? Si no lo está, no me hubiera dejado sola con usted. ¿Qué le pasa? ¿Ha muerto?

Zoe quiso decir algo, pero no pudo, é Irene, al ver su vacilación, adivinó la verdad.

—¿Ha muerto, pues?, dijo. ¡Ah, yo fui quien la hizo venir conmigo!

No pronunció una palabra más; las lágrimas, que Zoe esperaba ver correr, no parecieron. Irene dejó pasivamente que la subieran al desván y la acostaran, pero no pudo dormirse. Cuando el ruido y confusión que reinaban en toda la posada hubieron cesado, Zoe se despertó al oír su voz. A veces hablaba en francés ó inglés, otras en un idioma desconocido, que a Zoe le pareció escita, charlando sin cesar y lamentándose desoladamente. Una vez pidió a gritos la maleta de las joyas, y Zoe, temiendo que los demás pasajeros se despertaran, se levantó y se la trajo, poniéndosela sobre la cama, a fin de que estuviera segura de que la tenía allí. Sostenía una discusión con alguien, a quien parecía que trataba de convencer para que hiciera algo determinado; Zoe presumió que, en su imaginación, estaba otra vez disipando las razones que la señora Smith había alegado para no acompañarla en su misión, cualquiera que esta fuese. A la mañana siguiente el delirio había pasado, pero Irene estaba abatida y febril, por lo que Zoe se alegró mucho cuando vió entrar al doctor, que vino desde el lugar de la catástrofe, con el resto de los heridos, en el tren de socorro, en cuanto fué de día. El movimiento reinaba ya por todos lados, y los empleados y Wylie se veían negros para lograr que el orden brotara de aquel caos. Los heridos más graves debían volver atrás, a Tatarjé, mientras que aquellos otros que sólo lo estaban ligeramente y los sanos debían continuar por la carretera, a medida que fueran llegando los vehículos que habían de transportarlos, siguiendo el camino antiguo. Este camino, por el que se atravesaba la cordillera antes de haberse inaugurado el ferrocarril, cruzaba algo más allá el río por un puente romano y volvía a encontrar la línea franca, en la primera estación de la otra orilla; allí esperaba a los pasajeros un tren que los llevaría hasta Therma. Esto era lo que Mauricio y Zoe debieron haber hecho, pero había que contar con Irene, y Zoe no se sorprendió cuando el doctor dijo, como la cosa más natural del mundo:

—Por de contado, que no hay que pensar en que se ponga en camino; necesita unos cuantos días de absoluto reposo y de tranquilidad de espíritu. Usted podrá, señorita, hacerle personalmente las curas; ya le dejaré todo lo que puede hacer falta. Su interesante hermana no corre ningún peligro, pero de seguro no podrá continuar el viaje antes de una semana.

—No habrá más remedio que quedarnos y cuidarla, dijo Mauricio, cuando hubo oído semejante veredicto. No podemos dejarla aquí sola.

Este era también el parecer de Zoe; pero sin saber por qué, no le agradó que Mauricio se conformara tan pronto.

—No tiene ningún derecho a pedírnoslo, dijo con alguna aspereza. Ella se nos ha agregado casi a la fuerza.

—¿Qué mal haces en decir eso, exclamó Mauricio, incomodado de veras. ¿Vamos a dejar en este apuro a esa pobre muchacha?

—Claro está que se encuentra en una situación difícil, pero ¿quién tiene la culpa? Tú podrías decir lo que quieras, pero bien sabes que te pondrías terrible y espantosamente furioso si yo me fuera a corretear por Europa y me agregara a un desconocido que viaja con una hermana.

—Eso es cosa muy distinta. Quiero decir que no sería lo mismo si se tratara de otra clase de gente que nosotros. Irene tuvo bastante talento para comprender a primera vista quiénes éramos. Por lo menos, añadió Mauricio, que no tenía mucha fe en la fuerza de su argumentación, debemos estarle reconocidos por lo que ha hecho.

—¿Nosotros? No sé por qué. Creo que es ella, en todo caso, dijo secamente Zoe.

Y después de haberse permitido ese desahogo, quiso paliarlo diciendo:

—No te enfades, Mauricio. Ni por un momento se me ha ocurrido dejarla aquí sola; únicamente pensé que muy distinto hubiera sido el concepto que de mí hubiera formado, si yo estuviera en su caso. Nada temas; seré su guía, su mentor, y su amiga mientras ella me lo permita, y la entregaré a sus padres, ó tutores, enteramente cambiada cuando al fin demos con ellos.

(Se continuará.)

FOLGAROLAS.—HOMENAJE AL POETA JACINTO VERDAGUER

Las fiestas del cincuentenario de la restauración de los Juegos Florales en Barcelona han sido una glorificación de las letras catalanas y de algunos de los literatos que más han contribuido al renacimiento de las mismas. Verdaguer, el inmortal poeta, cuyas creaciones ocupan un puesto de honor en la literatura mundial, no podía quedar olvidado en esta ocasión, tanto menos cuanto que en los Juegos Florales barceloneses reveló el genio del que, andando el tiempo, había de ser una de las glorias más grandes y más legítimas de su patria. Barcelona debe á Mossén Cinto un monumento grandioso, no para perpetuar al través de las generaciones venideras el nombre del autor de *La Atlántida* y *Cunigó*, que harlo lo perpetuarán sus obras, sino para testimoniar la admiración que por él sintieron sus coetáneos, para demostrar que para la consagración de los grandes genios no siempre ha de esperarse el fallo de la posteridad. Pero en tanto que esa deuda se paga, y se paga en la forma que corresponde á la magnitud de aquella colosal figura, la entidad *Catalunya Vella*, de Vich, que tuvo la excelente idea de iniciar la erección de un monumento en el pueblo de Folgarolas, en donde nació Verdaguer, ha querido que ese monumento se inaugurase en estos días en que se han solemnizado las bodas de oro de nuestra tradicional y poética fiesta. La inauguración efectuóse el día 8 de los corrientes, y á ella asistieron buen número de los forasteros que han honrado con su presencia las fiestas del cincuentenario, el obispo de Vich Dr. Torras y Bages, por la mañana, se detuvieron en Vich, en donde después de saludar al señor obispo y de visitar el notabilísimo Museo diocesano y la catedral, fueron



La comitiva á la entrada del pueblo de Folgarolas

los literatos que más han contribuido al renacimiento de las mismas.

Verdaguer, el inmortal poeta, cuyas creaciones ocupan un puesto de honor en la literatura mundial, no podía quedar olvidado en esta ocasión, tanto menos cuanto que en los Juegos Florales barceloneses reveló el genio del que, andando el tiempo, había de ser una de las glorias más grandes y más legítimas de su patria. Barcelona debe á Mossén Cinto un monumento grandioso, no para perpetuar al través de las generaciones venideras el nombre del autor de *La Atlántida* y *Cunigó*, que harlo lo perpetuarán sus obras, sino para testimoniar la admiración que por él sintieron sus coetáneos, para demostrar que para la consagración de los grandes genios no siempre ha de esperarse el fallo de la posteridad.

Pero en tanto que esa deuda se paga, y se paga en la forma que corresponde á la magnitud de aquella colosal figura, la entidad *Catalunya Vella*, de Vich, que tuvo la excelente idea de iniciar la erección de un monumento en el pueblo de Folgarolas, en donde nació Verdaguer, ha querido que ese monumento se inaugurase en estos días en que se han solemnizado las bodas de oro de nuestra tradicional y poética fiesta.

La inauguración efectuóse el día 8 de los corrientes,

representaciones de la Diputación provincial de Barcelona, de los ayuntamientos de Barcelona, Gerona y Vich, de multitud de corporaciones científicas, literarias y artísticas, nuestros más celebrados escritores y otras muchas ilustres personalidades. También asistió la bellísima cuanto distinguida señorita doña

obsequiados con un banquete. Terminado éste, dirigieron al pueblo de Folgarolas, que estaba engalanado con arcos de follaje, guirnaldas y colgaduras y adonde habían acudido los habitantes de todas las poblaciones vecinas. Recibidos á los acordes de las músicas por el Ayuntamiento, encamináronse á la

plaza en cuyo centro alzábase el monumento, envuelto en una gran bandera catalana. Situáronse las representaciones oficiales en la tribuna, cuya presidencia ocupaba María Ricart, y el prelado vicense, revestido de medio pontifical, bendijo el monumento después de haber dedicado un sentido y piadoso recuerdo al poeta que tan sublimemente cantó la patria y la religión.

Entre aplausos estrepitosos descubrióse entonces el sencillo monumento, y á continuación el *Orfeo Vagatá* cantó la bellísima canción *L'emigrant*, compuesta sobre una de las más sentidas poesías de Verdaguer, y el eminente actor Enrique Borrás leyó la inspirada composición de éste *L'arpa*. El señor Tresserre, en nombre del Languedoc, expresó su admiración por

Mossén Cinto; el Sr. Agulló, en representación de la *Lliga Regionalista* de Barcelona, se adhirió con entusiasmo al acto que se estaba celebrando; el señor Martí y Juliá, por la *Unió Catalanista*, ensalzó el idioma en que escribió Verdaguer; los poetas mallor-



La Srta. D.^a María Ricart, reina de los Juegos Florales de Barcelona del presente año, en el pueblo de Folgarolas. A su alrededor, el alcalde, los concejales y los vecinos de la población.

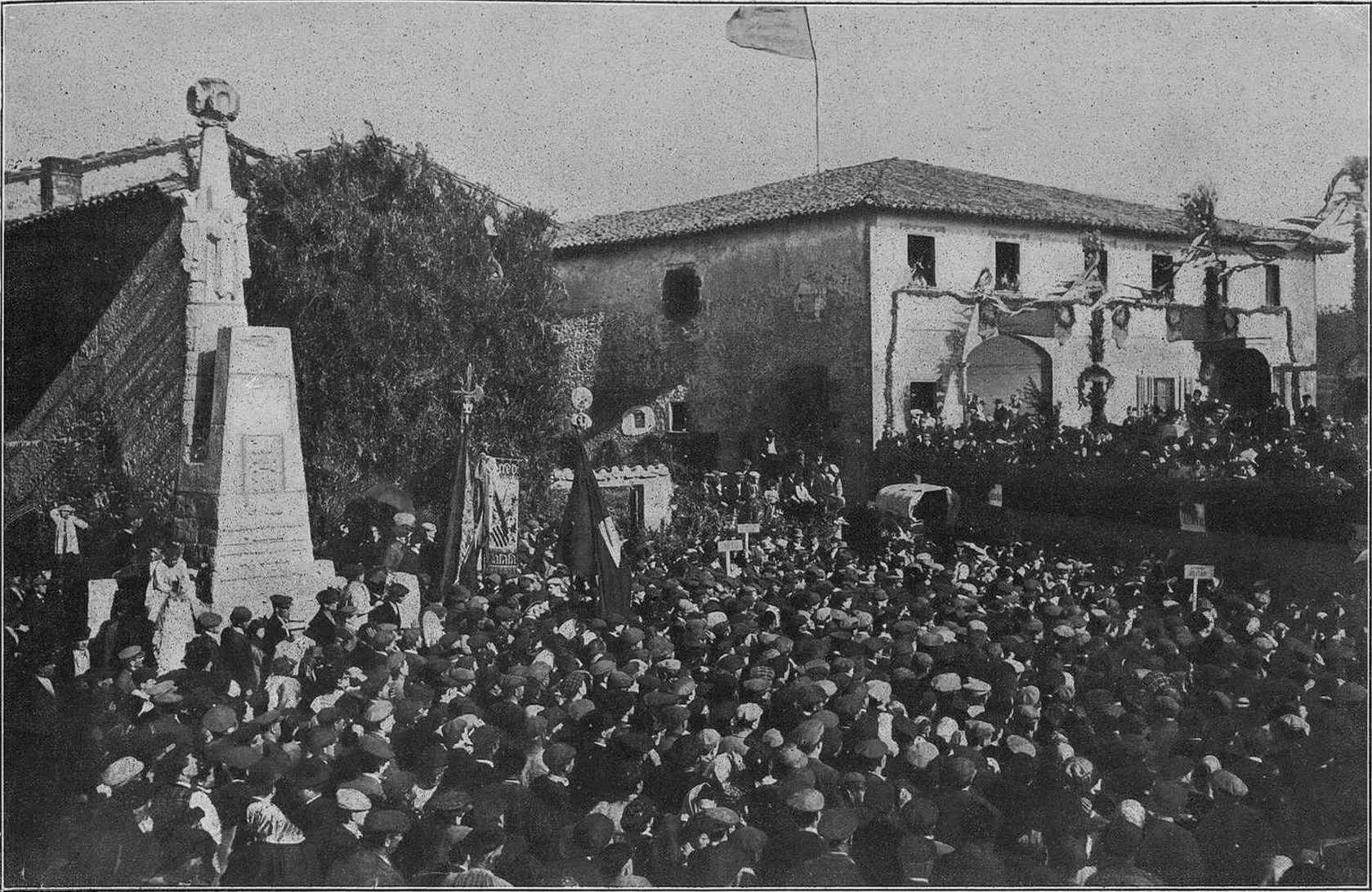
María Ricart y Roger, la reina de los Juegos Florales de este año, que después de haber recibido el homenaje de los poetas vivos, quiso, á su vez, rendírsele fervoroso al incomparable poeta muerto.

Los expedicionarios, que salieron de Barcelona

quines Sr. Alcobé y Rdo. Sr. Costa y Llobera leyeron sendas poesías, y los Sres. Vogel, Nubiola, del Ayuntamiento de Barcelona, Farguell, senador y di-

El monumento, construido según el proyecto del arquitecto Sr. Pericas y cuya parte escultórica es obra de D. Juan Carreras, es de piedra, mide ocho metros

de altura y termina en una cruz, debajo de la cual hay, en la cara anterior, una imagen del Sagrado Corazón; en la posterior, la Virgen de Montserrat; en la de la derecha, Santa Eulalia, y en la de la izquierda, San Francisco de Asís. En el centro de la cara principal se ve un medallón de mármol blanco con el busto de Verdaguer, y debajo de ella la siguiente inscripción: *J. M. J. El poeta M. Jacinto*



Acto de la inauguración del monumento erigido á la memoria de Jacinto Verdaguer en su pueblo natal de Folgarolas por iniciativa de la sociedad «Catalunya Vella» de Vich

putado provincial, Juvany, teniente de alcalde del Ayuntamiento de Gerona, pronunciaron breves discursos asociándose al homenaje. El alcalde de Folgarolas D. Bartolomé Pedra dió las gracias en sentidas frases á cuantos habían concurrido á la ceremonia.

de altura y termina en una cruz, debajo de la cual hay, en la cara anterior, una imagen del Sagrado Corazón; en la posterior, la Virgen de Montserrat; en la de la derecha, Santa Eulalia, y en la de la izquierda, San Francisco de Asís. En el centro de la

Verdaguer nasqué en aquest poble als 17 de maig del any de N. t. S. 1845. (El poeta P. Jacinto Verdaguer nació en este pueblo en 17 de mayo del año de N. t. S. 1845.)—S.

(Fotografías de A. Merletti.)

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA diríjense para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Rougemont, núm. 14, París.—Las casas españolas pueden dirigirse á los Sres. Montaner y Simón, Aragón, 255, Barcelona

Paris

Date de 1849

PUREZA DEL CUTIS

— LAIT ANTÉPHELIQUE —

LA LECHE ANTEFÉLICA

ó Leche Candès

pura ó mezclada con agua, disipa
PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA
SARPULLIDOS, TEZ BARROSA
ARRUGAS PRECOCES
EFLORESCENCIAS
ROJECES.

Pone y conserva el cutis limpio y bello

Casa CANDES

85 St-Denis, 10

SE RUEGA EXIGIR SIEMPRE
LOS VERDADEROS Y EFICACES
PRODUCTOS BLANCARD

ANEMIA
COLORES PÁLIDOS
EMPOBRECIMIENTO
de la SANGRE
Escrófulas, etc.

PILULES
EXIGIR LA SIGNATURE

de BLANCARD

APROBADAS
por la
Academia
de MEDICINA

al IODURO de HIERRO
INALTERABLE

DESCONFIÉSE de las FALSIFICACIONES

Depósito: BLANCARD & C^{ia}, 40, R. Bonaparte, París.

Todas las parisienses
elegantes emplean la

Crema de Siva

que conserva á la piel
su frescura y su aterciopelamiento, que
evita las arrugas y
las manchas de rojez,
y que protege al cutis
contra las influencias
atmosféricas.

COMPANÍA DE LOS PERFUMES ORIENTALES
57, rue St. Lazare, PARIS
DE VENTA EN TODAS LAS BUENAS PERFUMERÍAS
Depositarío en España
PÉREZ, MARTÍN, VELASCO Y C.^{ia}—MADRID

PECHO IDEAL
Desarrollo - Belleza - Dureza
de los PECHOS en dos meses con
las **Pildoras Orientales**,
únicas que producen en la mujer
una graciosa robustez del busto,
sin perjudicar la salud ni engruesar
la cintura. Aprobadas por las
celebridades médicas. Fama uni-
versal. J. RATIÉ, farmacéutico, 5, Pasaje Ver-
deau, PARIS. Un frasco se remite por correo,
enviando 7'50 pesetas en libranzas ó sellos á
Cebrián y C.^{ia}, Puertaferriera, 13, Barcelona. De
venta en Madrid: Farmacia Gayoso, Arenal, 2.
En Barcelona: Farmacia Moderna, Hospital, 2.

**AVISO Á
LAS SEÑORAS**

EL APÍOL DE LOS
JORET HONOLLE

CURA
LOS DOLORES, RETARDOS,
SUPRESIONES DE LOS
MENSTRUOS

F^{ca} G. SÉGUIN - PARIS
165, Rue St-Honoré, 165
TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

INFLUENZA RACHITIS
ANEMIA CLOROSIS

**VINO
AROUD**

CARNE - QUINA - HIERRO

El más poderoso Regenerador.

ROB
BOYVEAU - LAFFECTEUR

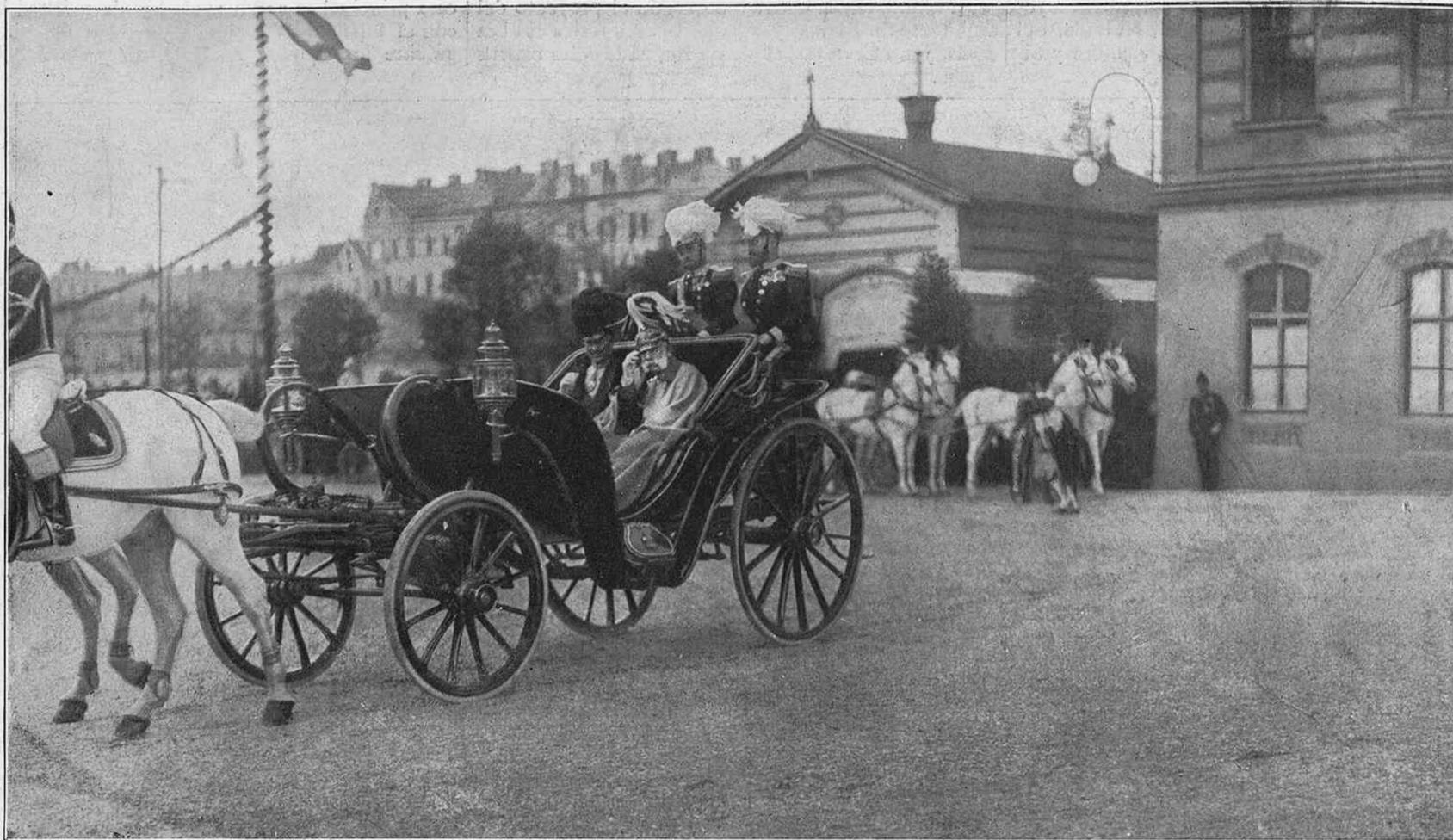
*
Célebre Depurativo Vegetal
cura las
ENFERMEDADES DE LA PIEL
Vicios de la Sangre, Herpés, Acne.
EXIGIR EL FRASCO LEGÍTIMO
H. FERRÉ, BLOTTIÈRE & C^{ia}, 102, R. Richelieu, Paris.
Todas Farmacias.

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD
Curadas por el Verdadero
Único aprobado por la Academia de Medicina de Paris. — 50 Años de éxito.

HIERRO QUEVENNE

PATE EPILATOIRE DUSSEY

destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin
ningun peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia
de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para
los brazos, empléese el **PILIVORE, DUSSEY**, 1, rue J.-J.-Rousseau, Paris.



El jubileo del emperador Francisco José.—El emperador Francisco José de Austria y el emperador Guillermo II de Alemania saliendo de la estación de Penzing y encaminándose al palacio imperial de Schoenbrunn. (De fotografía de E. Frankl.)

El pueblo austriaco ha celebrado en los días 6 y 7 de los corrientes el jubileo de su emperador Francisco José, que ocupa el trono desde hace sesenta años. Y no ha sido sólo Austria la que ha querido conmemorar este hecho; Alemania se ha asociado también al homenaje de cariño y veneración que acaba de tributarse á su venerable aliado, y para ello todos los soberanos reinantes, desde el emperador al último duque, han acudido á Schoenbrunn á testimoniar con su presencia su adhesión á Francisco José.

En aquella residencia imperial hanse efectuado con este motivo grandes festejos, oficiales unos y populares otros. Entre los primeros figura la comida de gala celebrada el día 7 y á la que asistieron, además de los soberanos, archiduques y archiduquesas, representantes del cuerpo diplomático, de los ministerios y parlamentos aus-

tríaco y húngaro, y otros altos personajes. Entre los segundos sobresalió el concierto que en el parque del palacio dieron, después del banquete oficial, la orquesta de los bailes de la Opera, varias músicas militares y una masa coral compuesta de 7.000 ejecutantes, todos los cuales, terminada la serenata, desfilaron por delante del anciano emperador y de sus regios huéspedes.

Francisco José, que á pesar de sus años y de sus achaques, ha resistido perfectamente las fatigas de los festejos, fué en persona á recibir al emperador de Alemania, á quien acompañaba la emperatriz, á la estación de Meidling, en las afueras de Viena, en donde tomaron el tren de corte que los llevó á la pequeña estación de Penzing, inmediata á Schoenbrunn, y desde ella se dirigieron en coche al palacio de este nombre, en donde el emperador reside.

En todas las Farmacias del globo.



INSTRUCCIONES:
Sobre el empuje del Jarabe de Delabarre y sobre los sufrimientos de los Niños.

FUMOUZE - PARIS

Primera Dentición

JARABE DELABARRE

Facilita la salida de los dientes y previene todos los Accidentes de la Dentición.

Exíjanse el Nombre de Delabarre y el Sello de la "Union des Fabricants".

REMEDIO DE ABISINIA EXIBARD

En Polvos, Cigarillos, Hojas para fumar

SOBERANO contra

ASMA

CATARRO, OPRESIÓN y todas Afecciones Espasmódicas de las Vías Respiratorias.

30 AÑOS DE BUEN EXITO MEDALLAS ORO y PLATA.



MARCA DE FABRICA REGISTRADA. PARIS, 102, Rue Richelieu. — Todas Farmacias.

Las Personas que conocen las

PILDORAS DEHAUT

DEL DOCTOR DE PARIS

no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

PAPEL WLINSI

Soberano remedio para rápida curación de las Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos, de los Reumatismos, Dolores, Lumbagos, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.

Exigir la Firma WLINSI.

DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. — PARIS, 31, Rue de Selne.

AGUA LÉCHELLE

HEMOSTÁTICA

Se receta contra los *Flujos*, la *Clorosis*, la *Anemia*, el *Apocamiento*, las *Enfermedades del pecho* y de los *Intestinos*, los *Espustos de sangre*, los *Catarros*, la *Disenteria*, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.

PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. — DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.